

머머리 와 딸기

Un calvo y una fresa

はげ頭と苺



Hyung Jin Moon

Un calvo y una fresa

(A bald head and a strawberry)

- Hyung Jin Moon -

Nota de la edición:

Hyung Jin Moon nació en Westchester, Nueva York, donde reside con su mujer y sus cuatro hijos. Se licenció en la Universidad de Harvard, donde cursa en la actualidad un Master en Religiones. Es el autor/fotógrafo/calígrafo de *The Moment*, también disponible en Sincerity Publications.

Desde la publicación del primer trabajo de Hyung Jin Moon, *The Moment*, muchos han esperado poder comprender mejor su pensamiento y motivación. En la presente obra, “**Un calvo y una fresa**” (Título original en inglés: *A bald head and a strawberry*), el lector llega a conocer el origen de su inspiración, su pensamiento y de su búsqueda religiosa. Tenemos aquí una excepcional y edificante autobiografía espiritual que emocionará tu corazón y tu mente.

ATENCIÓN: Esta no es una traducción definitiva ni oficial. Por revisar

Al lector

Muchos, en los últimos años, se han dado cuenta de mi proceso de cambio, de vestir los más estilizados trajes y llevar peinados de moda, a ir con la cabeza rapada y vestir togas monásticas orientales. Muchos, sin embargo, no tienen ni idea de porqué tuvo lugar un cambio así. He oído comentarios que van desde el “Oh, Dios mío, ¿qué le ha ocurrido? Se ha vuelto monje budista”, hasta el “No os metáis con él, lo único que ocurre es que le gustan las artes marciales. Sólo es una fase más.”

Durante estos años, sin embargo, he pasado en silencio por muchos momentos oscuros, desafiándome para enfrentarme de verdad conmigo mismo, sin salir corriendo. El fallecimiento de mi hermano mayor, Young Jin hyung, ante quien siempre estaré arrepentido y en deuda, fue un hecho devastador en mi vida.¹ Me vi forzado a aprender dolorosas lecciones de su muerte, y desde ese día las palabras que me había dicho han resonado en mi interior. Sus palabras me empujan a continuar llevando una vida de penitencia y entrenamiento. Se lo debo.

Ese es el por qué yo, al igual que mi habitación en la “Casita de campo” en East Garden, he experimentado algunos cambios. Donde una vez la basura se pudrió, ahora florecen jardines; donde antes había caminos desolados, ahora caen exuberantes cascadas. Cuando se camina por East Garden también se da uno cuenta de la presencia de santos y sabios representando a todas las tradiciones religiosas y espirituales y de otras sorpresas del estilo para el visitante no habitual.

Estos cambios externos (ya sea vistiendo hábitos, afeitando mi vanidad al hacerlo con mi pelo, entrenando mi cuerpo, o transformando mi habitación), me recuerdan mi compromiso interno y mis votos. Nunca había compartido antes estas cosas de una manera pública, pero puesto que el próximo otoño voy a ser graduarme en la “Harvard Divinity School”, estudiando Religiones del Mundo, siento que es esencial mostrar - a todo el que quiera saberlo - quién soy y qué afirmo. Esto es lo que ahora tienes en tus manos.

Estas son mis confesiones, mi testimonio, mi historia, mi vida...

¿De qué trata todo esto?

Fue tras acabar mis estudios en el instituto en la Universidad de Fairfield cuando, después de leer a Nietzsche, Marx, Hegel, Feuerbach y otros pensadores filosóficos, me cuestioné la propia existencia de Dios. ¿Era simplemente una manifestación proyectada de cualidades deseables a las que, siendo meras extensiones condicionadas sociales y culturales, divinizamos como Dios? Había oído demasiado sobre Dios (traducido coloquialmente de la palabra coreana: Hananim – que literalmente significa: El Uno) en los discursos de *Abba*, y francamente, ya no quería seguir oyendo más.

Un día estaba en el despacho de mi profesor de filosofía, un sacerdote jesuita, y le hice esta pregunta: “Profesor, ¿con todo su conocimiento sobre Nietzsche, Hegel y otros parecidos, cómo puede creer en un Dios?” Dijo algo en la línea de, “Miro fuera en mi ventana y no veo una colección de hechos aleatorios y de átomos generados y que colisionan al azar. Lo que veo es un organizador con orden y belleza.”

Me lo tomé de la mejor manera que pude.

Una tarde estaba sentado en mi habitación cuando me avisaron que fuera a ver a la Madre. ¿Estaba metido en algún problema? ¿Había hecho algo? ¿Qué podía ser tan urgente? Llamé a la puerta y lentamente empecé poco a poco a abrirla, pronunciando su nombre. La habitación estaba oscura, no había más que una tenue luz de pared encendida en un rincón. Cuando entré, la Madre estaba mirando fijamente por la ventana la noche oscura.

Según me aproximaba, empecé a ver lágrimas deslizándose por sus mejillas. Se dio cuenta de mi presencia y rápidamente se las secó, apretando mis manos. Le susurré despacio e indeciso, “Madre, ¿te encuentras bien? ¿Qué ocurre?”

Alzó su mirada, pero tan pronto como me vio lloró desconsoladamente. Con una voz temblorosa pronunció algo que cambiaría mi vida para siempre...

“Tu hermano mayor, Young Jin, ha muerto”, dijo. “Tuvo un accidente.”

Mis ojos se oscurecieron, “¿Qué?” repliqué desafiante, “no es posible...”

Corrí a su habitación vacía, gritando “¡!!! ¿Dónde estás?!!!!”, golpeando la pared, destrozando mis puños. Caí al suelo sangrante y exhausto...

Young Jin hyung era mi hermano mayor, tenía un año más que yo. Crecimos juntos, y gran parte de nuestras vidas habíamos compartido la misma habitación, los mismos videojuegos y los mismos *Doritos*. Corríamos por la finca, peleándonos con monstruos, batallando con alienígenas; nadábamos en tenebrosas piscinas llenas de tiburones; salvábamos pueblos enteros de bandas de orcos y *goblins* que venían de algún lugar detrás del columpio; bajábamos por la mañana temprano a por huevos revueltos con queso, patatas horneadas con crema agria y bacon; hacíamos dibujos de héroes y villanos, jugábamos a *Dragones* y *Mazmorras* en aburridos domingos de verano y veíamos el último episodio de “X-Men”; discutíamos sobre mil cosas; saltábamos de alegría en las gradas, abrazándonos y animando a todo a todo el mundo, cuando Barry Sanders batía el record de 2000 yardas en Detroit; incluso nos casamos el mismo día... Pero ahora todo había acabado.

Durante días estuve tumbado en mi cama despierto, culpándome, “si hubiera sido un poco más comprensivo... si hubiera sido un mejor hermano menor... si hubiera estado allí, podría haberlo impedido... pero estaba en clase, él estaba en clase... es culpa de la Universidad... si hubiéramos ido a la misma Universidad entonces hubiera sido diferente...”

“¿Por qué a él? ¿Por qué no a mí? Él siempre era el bueno. Siempre hacía lo que los Padres le pedían. El vago era yo. Yo era el que suspendía en el colegio. Ese al que siempre llamaban “perdedor”, del que se burlaban como el “último mono”, y el que siempre estaba atravesando “fases”. Si hay un Dios, entonces, ¡¡ ¿por qué se lo llevó a él y no a mí?!! ¡Debería haber muerto yo! Tendría que haber sido yo. Tendría que haber sido yo...” murmuraba entre dientes, mientras me quedaba dormido.

Cuando era un niño, experimenté la pérdida de otro hermano mayor, Heung Jin hyung, y de mi abuela, Daemonim.² Pero hasta el fallecimiento de Young Jin hyung no fui lo suficientemente mayor como para experimentar el sentimiento de pérdida, desesperación y desamparo que acompaña la pérdida de un ser querido. Ahora, se me presentaban muchas preguntas nuevas y muchas nuevas prioridades. Ahora mi primera prioridad era: “vivir la vida a tope cada segundo del que disponía.” Pensé que iba a ser feliz con la ropa, los coches y el lujo. Pensé que me contentaría con ir a la última, la moda y las apariencias. Pensé que me satisfaría la popularidad, destacar, vivir a lo grande. Pero pronto me di cuenta que ese camino era horrendo. Empecé a buscar en otros sitios...

Parte 1 - El desván

Subir a ese desván lleno de telarañas siempre es una tarea intimidatoria. Se tiene que hacer acopio de mucha voluntad para aventurarse en ese lugar. Estar aquí, mirando la aparentemente interminable escalera de cedro que lleva a ese oscuro portalón en el techo, es suficiente para encoger de miedo al más valiente. El desván chirría, lo sabes. Cruje y provoca pequeños ruidos, casi imperceptibles. Parece estar muy distante, pero a la vez está demasiado cerca. “*Realmente* no tengo por qué ir ahora mismo” nos decimos. “Puedo echar un vistazo mañana” decimos. Entonces, nos vamos a la cama a dormir.

Por la mañana, suena el despertador. Quejas habituales como “es demasiado temprano”, “no he podido dormir nada”, “soy demasiado viejo para levantarme a estas horas”, revolotean en el aire. Partículas perlitas y luminosas flotan a la deriva en las franjas de los rayos de luz matutina, mientras entrecerramos nuestros ojos y cojeamos para vaciar nuestras vejigas. Vamos a lavarnos los dientes, bostezantes y atontados. “Cepilla, cepilla, cepilla, límpiame los dientes, combate la gingivitis,” nos repetimos.

El sonido familiar del aseo dental, ese aliento fresco “mentolado”, ¡oh! sí, nos prepara para enfrentarnos a un nuevo día. Estamos listos. Somos jóvenes, sanos, tenemos toda nuestra vida por delante. “El cielo es el límite”, decimos, mirando nuestra radiante imagen reflejada en el espejo. Pero allí, mirando desde detrás del espejo hay un viejo y canoso semblante pudriéndose en la inmundicia. “¿Quién es este?” nos preguntamos, sobresaltados por la mirada del intruso. “El vaho del espejo”, proclamamos incrédulos, frotando el espejo para tener una “apariencia más clara”, y frotando aún más fuerte nuestra cara.

Una juventud que fue vibrante, llena de vida en su día, se ve sustituida por una cara repulsiva de deterioro, con una piel deteriorada colgando, tristemente demacrada, en unos huesos angulosos y prominentes. Oímos una pequeña voz que dice, “no deberías haber desperdiciado tu vida”. Girándonos vemos una habitación de hospital, con ese “olor a hospital”, demasiado familiar. Ya sabéis a cual me refiero, ese olor persistente, omnipresente,

y estéril que dolorosamente te entra punzante por la nariz. “¿Acabo de oír algo?” nos preguntamos. Pero el silencio empieza a crecer y se transforma extrañamente en un círculo que todo lo invade.

Nos sentamos en la cama, sintiendo el escalofrío de la luz fluorescente parpadeante y temblando con sus zumbidos y pulsaciones. Revolviéndonos incrédulos, nos sentamos y nos lamentamos. Después de levantarnos, nos sentamos y nos lamentamos un poco más, y después nos sentamos y volvemos a lamentarnos para, al final, acabar de nuevo en el punto de partida. “Debería haber subido esas escaleras.” “No debería haberme ido a la cama.” A todos estos “debería haber hecho...” y otros parecidos se acompañan de una imagen clara, casi cinematográfica, de la puerta de aquel desván.

Por desgracia, subir al desván donde mora nuestra Mente Original es sólo el primer paso.³ Los incesantes dolores del pasado sin duda aflorarán cuando el cofre del tesoro esté localizado y arrancado de las esquinas oscuras. ¿Ese cofre con una enorme cerradura? Tú juegas. Eso es. Ése es el único. El único con tu alma dentro. ¿Oyes ese sonido? Pues eres tú. Desde dentro del baúl, ¿o desde afuera? ¿Dónde está la llave?...

En mi relación con *Abba* he llegado a tremendas iluminaciones que han resultado de una profunda satisfacción y apreciación por la *vida*. La sociedad condiciona nuestras percepciones, matizándolos con una indeseable mugre, que hacemos crecer, que, inevitablemente, tenemos que aceptar como nuestra propia suciedad. Su inculcación y aprisionamiento en nuestras mentes es imperceptiblemente progresiva; como un tumor que lentamente se encuentra en silencio sólo para emerger con potentes chillidos. Aceptamos lo que se considera como bueno/malo, éxito/fallo, normal/anormal, y la lista sigue y sigue. Cualquier cosa que se te ocurra, la encontrarás, así como a su opuesta.

Era el más joven de la familia y probablemente también el más loco. Sabes que el chico más joven normalmente carece de atención e intenta obtener tanta como le sea posible. Bueno, has acertado, ése era yo. ¿Sabes?, me sentía cómodo aprovechándome de mis padres y estando con ellos unos minutos cada vez que venían a casa de un viaje. Estaba igualmente cómodo hablando, cara a cara, con *Umma*.⁴ Pero *Abba* siempre estaba demasiado ocupado o pensando o algo así. No podía posiblemente molestarle con mis preguntas superficiales. Él estaba demasiado alto y yo demasiado bajo (por aquel entonces y especialmente ahora admito que era así, en el sentido de que estaba incomparablemente más elevado que yo). Casualmente acepté lo que me habían dicho sobre *Abba*, y muchas veces, me encontré culpándole de ser un padre descuidado. Pero me di cuenta de que la verdadera razón por la que nunca hablé profundamente con *Abba* era simplemente porque (yo) nunca lo intenté.

Una vez pensé haber encontrado la antítesis exacta de todas las expectativas negativas que me decía que, sin duda, encontraría. Encontré a un padre extremadamente afectivo y preocupado. Encontré a alguien con océanos de sabiduría, amor-compasión, y un sincero y genuino interés. Pero todavía encontré algunos elementos de nuestra interacción, ¿cómo podría decirlo?, un poco molestos. Por ejemplo, eructar mientras habla conmigo y continuar, como si fuera completamente natural, eructar en mi cara. Sin embargo, esta idiosincrasia, me convencí, no debería molestarme tanto como para poder cambiar el enfoque de aprender de *Abba*. Lo acepté, aunque de mala gana (después de todo, a nadie le gusta inhalar un eructo).

Después de empezar a crecer más cerca de *Abba* hubo un sorprendente momento de claridad, en el cual algo me golpeó como nunca me había golpeado. Lo más extraño, era que fue cuando mis padres estaban fuera cuando recibí ese momento íntimo que cambiaría para siempre mi relación con *Abba*, *Umma*, y todos aquellos cerca de mí.

Cuando no estaban, no echaba de menos las horas de *Hoon Dok Hae*, o la marea de gente que iba detrás de *Abba*⁵. Echaba de menos la manera en que balanceaba su cabeza y rascaba su barbilla en seria contemplación. Echaba de menos la manera en que se aclaraba su garganta y la manera en que su lengua se arrojaba cuando tosía. Echaba de menos la manera en que dejaba salir el gas, libre de vergüenzas, mientras miraba videos coreanos en presencia de gente que había conocido por primera vez. Echaba de menos la manera en que se volvía hacia *Umma* cada vez que aparecían escenas de afecto en los dramas coreanos, con una suave y aterciopelada sonrisa abierta mientras decía “*Umma*, eres la mujer más hermosa de toda la creación.” Echaba de menos la manera en que se hurgaba la nariz y arrancaba sufriendo pelitos de la nariz, su cuerpo entero sacudiéndose del picor. Echaba de menos la manera en que se enfadaba con nosotros. Echaba de menos la manera en que nos llamaba incompetentes frente a los miembros. Echaba de menos cuando estaba de buen humor. Echaba de menos cuando estaba de mal humor. Echaba de menos cuando caminaba hacia su habitación, con sus manos ahuecadas, cerrándose y abriéndose mientras se iba. Echaba de menos hablar con *Abba* y, supongo, incluso la manera en que eructaba mientras hablaba conmigo.

Sí, sé que parece extraño, pero cuando me di cuenta de esto me di cuenta de algo mucho más profundo. Me di cuenta de lo liberadoramente cierto era. Caí en la cuenta de que la liberación era la habilidad de recordar estar agradecidos por cada cosa que *Hananim* nos permite experimentar, que de todos modos juzgamos como bueno o malo – para plena e incondicionalmente aceptar al otro. Todo lo bueno y todo lo malo es en última instancia lo que hace la vida, *vida*. Es la variedad de emociones, pensamientos, sentimientos, querencias, tribulaciones, vicisitudes, caminos, dificultades, esfuerzo, experiencias, tristezas, alegrías, aflicciones, enfados, satisfacciones, depresiones, compasión, perdón, sufrimiento, amor, dichas, y todo ello lo que enriquece la vida.

Fresas

Érase una vez un humilde campesino que trabajaba duramente en los campos de arroz todo el día. Un día, se tomó una siesta y cuando se despertó, la noche ya había caído. Se levantó inmediatamente y partió a casa. Interesado en facilitar su vuelta, el campesino decidió acortar atravesando el bosque. Mientras caminaba, los sonidos de medianoche se redujeron a un solitario búho que podía ser oído en la lejanía. Había algo en el aire...

El campesino aceleró su paso, mientras que su respiración empezó a intensificarse. Pudo oír algo – algo acechándole, persiguiéndole para matarle. Empezó a correr. Ahora sin duda, el campesino oyó pesadas zancadas acelerando el ritmo desde detrás – algo se estaba acercando. Sudando y sediento, podía oír su respiración. Temeroso de su vida el campesino empezó a correr con todas sus fuerzas.

Pero de repente un precipicio emergió ante sus ojos, y la bestia se estaba acercando. Saltó. Rodó por el aire mientras su mano agarró fortuitamente una liana que ahora le que dejaba en suspenso su perdición. Desde arriba, la bestia se asomaba por el acantilado – era un monstruoso tigre. Decía, “sube y te devoraré.” Al mismo tiempo, el hombre se asomó hacia abajo, y de la espesura surgió otro tigre diciendo, “cáete y te devoraré.” Pero no acabó aquí. Cuando miró hacia arriba se dio cuenta de que un ratón negro y otro blanco estaban royendo la liana que sustentaba su vida – la liana de la vida. En ese preciso momento miró hacia el frente y contempló una succulenta fresa. La arrancó y se la comió – qué deliciosa estaba...

Ahora bien, ¿qué es lo que significa esta historia? ¿No parece que llega a una conclusión bastante abrupta y aparentemente inadecuada? Bueno, la historia parece

representarnos a todos – nuestra condición humana, por así decirlo. El ratón negro y el ratón blanco simbolizan la noche y el día que nos impulsan a lo irremediable de la muerte o el sufrimiento – sea lo que sea lo que venga primero. Todos vamos a morir (es lo único de lo que podemos estar seguros), o a experimentar un momento desesperado.

Pero mientras permanecemos en suspenso, el mensaje de la historia es reconocer las “fresas” de nuestras vidas, cómo un amanecer en un paseo de domingo por el parque, o incluso una discusión con un amigo, rellenan los vacíos. Nuestras vidas se recubren con maravillosas, ricas y aromáticas fresas, *si* queremos prestar atención al momento aquí y ahora. Nuestras vidas se llenan con momentos que son más maravillosos que lo maravilloso en sí mismo y todos sus sinónimos combinados, *si* prestamos atención.

Pero algo en lo que merece la pena reparar ocurrió mientras contaba esta historia a *Abba*. Inmediatamente dijo, “Sí, hijo mío, ¡pero entonces debes dar las fresas a los ratones y a los tigres!” ¡Después de oír esto me desmayé! He aquí una contestación que no era una respuesta premeditada, era un reflejo del ser de *Abba*, pues lo dijo impulsivamente. Sin pausa para pensar, recibí un soplo de aire fresco con su profunda exaltación de compasión – tener el corazón de dar nuestras “fresas” de la vida a aquellos seres que están tratando de llevarte a la muerte – ¡amar completamente a tu peor enemigo! Me desmayé. Cuando me desperté, estaba calvo.

Sólo después de esta experiencia estremecedora pude considerarme a mí mismo como “Unificacionista.”⁶ Antes de esto, *Abba* era tan solo mi padre, a quien respetaba por lo que había conseguido. Pero en ese momento, *Abonim* llegó a ser mi maestro/guía espiritual.⁷ No era tan solo alguien que hablaba sobre la compasión, sino alguien que lo encarnaba tan plenamente que simplemente respondió sin ningún esfuerzo con un reflejo de su ser, su esencia, su forma de ser espiritual. Esto es lo que era tan asombroso.

Mientras crecía, oí el *Principio Divino*, lo que parecían ya miles de veces, en esas largas charlas durante húmedos cursillos en los que tenía que participar.⁸ Escuché las explicaciones sobre el amor, el corazón de *Hananim* y su sufrimiento, etc. Pero nunca sentí que tuviera una relevancia real sobre mi vida. Todo era una teología que no rechazaba necesariamente, pero con la que tampoco me sentía necesariamente conectado. Participaba e iba a nuestros encuentros más por un deber que por un sentimiento de ilusión por lo que se enseñaba.

Fue en los últimos años mientras estudiaba las tradiciones religiosas, cuando me tropecé con esta antigua parábola, procedente de la tradición Budismo Zen. Ya entonces sabía de la profundidad de este *relato de la fresa*, que los auténticos maestros Zen me inspiraron. Sin embargo, mi verdadera relación con *Abonim* empezó realmente cuando respondió de la manera en que lo hizo.

Aunque era mi padre, nunca me sentí cercano a él, como les pasa a muchos con sus padres. Crecimos mucho tiempo viendo a nuestros padres una o dos semanas al año, combinadas con varias visitas, e incluso entonces sólo les saludábamos por las mañanas.⁹ Como persona joven, nunca fueron una parte real e interesante de mi vida. Muchas veces me sentía con miedo, abandonado, y desatendido. Nunca conecté con el Padre cuando enseñaba.¹⁰ Me encontré diciéndome, “esto es para viejos, gente desconectada,” y me sentía indiferente, enfadado y resentido.

Pero cuando le conté a *Abba* esta historia de la fresa estaba en un punto muy crítico de mi vida. Estuve luchando con muchos asuntos en mi vida que me llevaron a valorar las

tradiciones religiosas y la vida espiritual. Pero cuando respondió de la manera en que lo hizo a la historia de la fresa, me di cuenta de que en *Abba* no era todo teología. Por primera vez, me di cuenta de que lo que decía era todo una íntima parte de su existencia, que no tenía ni que pensar en ella, era naturalmente la respuesta más obvia. Era el maestro de maestros Zen.

Después de esto, empecé a prestar más atención a los encuentros, durante las conferencias, y a las conversaciones. Empecé a estar interesado en *Abonim* como profesor religioso/espiritual. Empecé a leer la colección de libros de *Hoon Dok Hae* y descubrí una cara de su enseñanza que nunca había oído. Leí las palabras de *Abonim* sobre, “Si hay una persona que siente que las hojas son como sus hijos y les habla, esa persona está cerca de ser un santo. ¿Lo entendéis? Esa persona no está loca.”¹¹ Me di cuenta de que lo que pensaba que era la totalidad de la enseñanza de *Abba*, el *Principio Divino*, era un mero rasguño en la superficie. Aquí es donde empecé a desarrollar un interés académico en el Unificacionismo y las extensiones de la enseñanza de su fundador.¹²

¿Quién eres [tú]?

Siendo el menor de los hijos del Padre, tuve una oportunidad única de hacer preguntas muy honestas, como un intento de descubrir profundamente el corazón de *Abba* por mi propia cuenta. Aprendí a no tener expectativas, a no juzgar, o a estancarme en algún resentimiento, sino verdaderamente tratar de escuchar objetivamente, como un estudiante, analizando, estudiando una tradición religiosa particular. Este enfoque me permitió minimizar cualquier prejuicio emocional o experimental en potencia que pudiera tener o mantener.

Esto me permitió comparar de cerca estas enseñanzas con otras tradiciones religiosas y apreciarlas más plenamente. Me permitió ver los muchos paralelismos y puntos de unión y convergencia con todas las religiones del mundo, y me dio esperanza en el movimiento como algo con el potencial de substancialmente manifestar la *paz*. A través de este tipo de estudio y curiosidad, empecé a creer realmente que el mensaje de *Abonim* y su misión podrían realmente engendrar el aprecio, la tolerancia y el respeto interreligioso, nacional y racial (*Cho-jong-gyo*, *Cho-gook-ga*, *Cho-in-jong*).

Después de que Young Jin *hyung* falleciera, me hice cargo de sus libros, y él estaba estudiando Estudios de Asia Oriental en la Universidad de Columbia por el tiempo en que nos dejó me encontré nueva y profundamente interesado en la sabiduría de las antiguas religiones y las escuelas filosóficas de pensamiento.

Cuando discutíamos, Young Jin *hyung*, solía siempre decirme, “¡lo peor que puedes ser es un hipócrita! ¡Es mejor que sirvas a nuestros Padres, que seas un hijo piadoso, es mejor que lo hagas! ¡No puedes pedirle a *Abonim* que cambie, tiene más de ochenta años! ¡Es totalmente descabellado! Es más realista que *tú* cambies.” Me resistía cada vez que decía estas cosas antes de que muriera, pero extrañamente estas palabras han resonado en mis oídos hasta hoy, y me reconducen a ser sincero conmigo mismo cuando me vuelvo un hipócrita, como todos lo somos muchas veces. Me hace ser más consciente de mis debilidades e insuficiencias, y porque lo hago así soy mucho más consciente de que el cambio es un proceso de continuas decisiones. Estoy muy agradecido por estas palabras de sabiduría que me han permitido superar muchos momentos difíciles.

Al final, me di cuenta de que en las relaciones reales y profundas, las pequeñas idiosincrasias, sutilezas – lo que muchos llaman “imperfecciones”, “caprichos” y “singularidades” – son lo realmente valioso. *Esto* es lo que echas de menos. *Esto* es lo que

recuerdas. *Esto* hace a esa persona tan especial, porque sólo *tú* (y quizá algunos otros) conocen esos secretos.

Te está permitido entrar en ese pequeño mundo secreto de esa persona. Ser libres y entrar en ese extraordinario y diminuto lugar que muchos no muestran al mundo es la verdadera libertad – ¡es correr, sin trabas, dentro del ático y trabajar afanosamente para abrir el baúl! Es esa la alegría y la satisfacción de que libera ese cofre del tesoro una vez abierto. Es el espíritu elevándose, con el viento soplándote el cabello, y volando hacia gloriosos y nuevos mundos de intimidad y de valorarlo todo.

Incluso ahora, a veces pienso en ese ático, con todo ese equipaje. Pero ya no veo la luz salir ni todo lo demás. Ya tampoco imagino diferentes finales y escenas. Y no me siento ni arrepiento nunca más. Estoy interesado en hacer algo ahora – algo diferente. Ahora estoy más interesado en buscar las fresas, y después dárselas a los ratones y a los tigres, por así decirlo.

Sé que no puedo reescribir el pasado. Ni tampoco puedo escribir el futuro. Pero puedo escribir sobre el ahora – el *ahora* que se desvela mientras chupo mi dedo para pasar las cremosas páginas de ese libro llamado *vida*. Todavía respiro y todavía tengo el privilegio de estar aquí, en esta tierra - ¿pero qué hay de esa llave? Ya sabes, esa que abre el cofre del tesoro del desván – esa que todos tratamos de encontrar, de una u otra manera. Bueno, me he dado cuenta de cuál es esa llave que libera el espíritu. Somos nosotros. Porque la llave no lleva al tesoro... la llave *es* el tesoro.

– Guarda como un tesoro a aquellos que están a tu alrededor, porque sólo a través de ellos es como te das cuenta realmente de que tú *eres* el Tesoro –

Parte 2 - El enemigo

“*Abba*, cuando estabas en prisión, ¿de qué hablabas a los guardias?”¹³

“¿Qué quieres decir?”

“Cuando te torturaban, ¿había algo que les dijeras?”

“Les decía que necesitaban conocer a *Hananim*.”

Tras escuchar su respuesta, instintivamente vi la imagen de un hombre meciendo una batuta sangrienta, como si estuviera viendo una película. La cámara capturaba la desagradable sonrisa de un hombre, mientras decía “¡Sí, te quiero muerto!” Difícilmente podía ver sus manos mientras se reflejaba en la cámara, una, dos, tres veces... cerré mis ojos. Todo lo que oía era un lenguaje obsceno y golpes, como carne siendo golpeada, y derribada. Me sobresalté imaginando ese dolor, y cuando abrí los ojos, pude incluso ver las malditas gotas flotando en el aire – caían con el inevitable terror silenciado, creando artísticas salpicaduras mientras se disolvían en el miserable suelo.

Cuando reflexiono sobre lo que *Abonim* tuvo que resistir, me quedo abatido por el sentimiento de humildad de que cualquiera de mis *dificultades* o *impedimentos* son bastante insignificantes, en el mejor de los casos. No sé cómo lo hizo. No puedo captar plenamente cómo pudo manifestar una “respuesta” de perdón y compasión hacia aquellos que le acosaron con malicia, golpeándole literalmente en la médula, desechándole como sobras de la basura.

Es admirable lo que hay en el fondo de su experiencia de vida. A veces echo una ojeada a su cuerpo cicatrizado cuando recibe acupresión o descargas eléctricas. No le gusta que otros se compadezcan de él. Las lustrosas, reparadas cuchilladas y cortes se deslizan bajo las luces, mientras caminan por el estudio de su habitación.

En momentos como ese me pregunto, “¿qué historias habrás detrás de esas cicatrices?” Cada una de ellas tiene su historia única de terror; cada una de ellas, una pequeña novela corta de carne lacrimógena, pero de voluntad impenetrable. Sabes, a veces me digo, “*Abba* es alucinante.” Cuando veo esas cicatrices, de alguna manera extraña, me evocan este sentimiento.

No puedo saber qué proceso psicológico experimentó *Abba*. No puedo saber qué emociones puras acompañaron cada una de sus sesiones de tortura. No puedo saber lo que *Abba* pensaba o qué palabras repetía en su mente, pero de alguna manera tenía una clara visión del interior de su alma. Vi su autenticidad.

Descubrí una risa genuina y sus ojos infantiles sonrientes. Descubrí su ternura mientras sostenía a mi hijo en sus brazos, meciéndole lentamente adelante y atrás. Descubrí un resplandor radiante en la manera en que extendía su mano cicatrizada con amor hacia el hombre que sentenció su muerte – acogiéndole como a un hermano.¹⁴

Éste es un increíble mensaje de piedad, casi de (literal) compasión divina. Perdonar e incluso amar al hombre que quiere asesinarte es sin duda uno de los desarrollos y crecimientos religiosos y espirituales más difíciles de realizar. Perdonar sin pedir explicación. Amar era lo que *Abonim* practicaba, simple y profundamente.

Hay algo inmensamente enriquecedor cuando nos damos cuenta de que incluso nuestro propio enemigo puede ser perdonado, e incluso, me parece posible decir, amado. Hay libertad en comprender que el amor es mucho más potente, poderoso y duradero que el odio y el resentimiento. Me pregunté, “¿Qué tipo de odio y resentimiento guardo yo?”

Dejad de mirarme

Tenéis que saber que no siempre destaqué por el respeto hacia mis padres. De hecho, muchas veces en mi adolescencia era el típico resentido, *hijo del ministro*, sufriendo de *auto-idolatría*, de *ego narcisos* y del *síndrome de hijo divino*.

Era el “séptimo varón y el undécimo hijo”. Nací el 26 de Septiembre de 1979 en Westchester, Nueva York. Desde ese día, entré en un mundo con el que mis hermanos mayores ya habían estado luchando. Estábamos rodeados, constantemente, de miembros. Me levantaba a beber un vaso de agua y he aquí que había, en el pasillo, ¡un completo extraño haciéndome fotos! Sentía que quería atacarles: fruncir el ceño a esos intrusos tendría que bastar. “¿Quién te crees que eres?! Nunca te he invitado aquí. ¡Nunca te he dado permiso para venir y sacar fotografías para tu propia satisfacción!” Podía oírme diciendo, “¡Dejadnos respirar!”

Mientras era un bebé y un niño no me molestó demasiado la constante *vida pública* a la que estábamos forzados, pero según entraba en la adolescencia, empecé a volverme más sensible y el público constante empezó a ser de alguna manera mareante, como muy poco. Estaba patinando por ese tiempo, y vestía con unos pantalones anchos y pelo largo; un total contraste para muchos de los miembros que siempre vestían tradicionalmente. Nos exponían en público, y ahí estaba yo en todas las ocasiones, sintiendo el frío enjuiciamiento de todas

aquellas caras, mirando fijamente, interpretándome, tachándome de *bueno* o *malo*, (o así lo sentía). Podía sentir literalmente las miradas, así que permanecía presumidamente impaciente, con una cara de irreverente indiferencia. ¡Sabía que ellos me mirarían, con sus pequeñas, o grandes expectativas y quería hacerles saber que no me importaba!

Un poco de odio comenzó a emerger. Cada vez que veía a estos miembros (extraños para mí) el enfado, el resentimiento y el odio empezaban a hervir desde dentro de mí. “¡Ellos son la razón por la que no tengo una vida normal!” ¡Ellos son la razón por la que Papá y Mamá nunca están en casa! ¡Ellos nos han robado a Papá y Mamá a *nosotros*! No sólo eso, han venido a *nuestra* casa, han visto que estábamos enfadados con ellos, con Papá y Mamá, y nos han *juzgado* como niños malos, pues de todas maneras, tendríamos que estar supuestamente sonriendo, salvando las apariencias.”

Me sentaba y ardía de cólera muchas noches, mientras caía en el sueño. Odiaba esos *encuentros*. Odiaba esa casa. Odiaba todas las cosas que tuvieran que ver con la vida pública. Me odiaba a mí mismo. Odiaba la vida.

El hogar está donde está el corazón

En mi primer año de universidad, empecé a leer prolíficamente, especialmente todo lo con el tema y a la discusión de una inteligencia y presencia universal. En la investigación de esta materia, aprendí sobre un asombroso descubrimiento de la ciencia moderna, mencionada en el campo de la física cuántica. De acuerdo con la física cuántica, en el nivel más pequeño e indivisible de la existencia atómica y subatómica, hay un quantum (quantum significa “montón” en latín). Esta cantidad no puede ser dividida, y compone todas y cada una de las moléculas, tanto si es una de las que constituyen el aire, un árbol, o incluso tú mientras lees este libro. Es el bloque de construcción fundamental de la existencia. Pero la ironía es, que no es ni siquiera un *bloque*, sino más bien algo así como una vibración (la descrita como *teoría de supercuerdas*).

El descubrimiento de Einstein de la *teoría de la relatividad* ($E=mc^2$), donde la energía equivale a la materia, sacó a la comunidad científica del agua. Reformó el mundo, nuestra explicación preexistente de la “bola de billar” newtoniana que las leyes de la física retrataban. Pero lo más espectacular era que Einstein, a quien estudiábamos en el Instituto, se consideraba a sí mismo como una persona profundamente espiritual. Decía, “El científico está poseído por la sensación de una causa universal... Su sentimiento religioso toma la forma de un éxtasis de asombro por la armonía de la ley natural, que revela una inteligencia de una superioridad de la que, comparado con ella, todo el pensamiento sistemático y la acción de los seres humanos es una reflexión totalmente insignificante.”¹⁵ ¡He aquí al más conocido *genio* y científico, exclamando su devota creencia en Dios! No recuerdo haber oído nunca este detalle en la escuela – personalmente, ¡me gustaría haberlo sabido!

Esto me dio una nueva perspectiva. Pude aprender mucho en la escuela, pero lo que aprendí fue tan solo lo básico. Tan solo rascaba la superficie de la verdad. Estos líderes en física, cuyas vidas se dedicaron a descubrir lo que sabemos y lo que no sabemos de la existencia, y quienes sabían mucho más que yo, tuvieron unas vidas profundamente espirituales. “Debe haber alguna validez en la noción de un Dios que no veo claramente”, pensé. Examiné éstos y muchos otros elementos de investigación y física, recibiendo mucha inspiración necesaria, en el reino de mi resurrección espiritual.

Esta investigación me reveló un nivel completamente nuevo de comprensión. Me di cuenta de que si la física cuántica era correcta, entonces *hay* una energía universal (¿suena

familiar?), porque toda la materia consta de moléculas que constan de átomos que a su vez constan de electrones, protones y neutrones y otras entidades subatómicas, que están compuestas de cuantos. Toda mi vida he estado oyendo sobre la Primera Energía Universal¹⁶, que estaba en todos lados – que comprendía toda la realidad y que incluso que la realidad era la que la encarnaba. Por primera vez pude cognitiva y tangiblemente ver una prueba de este concepto. Estaba asombrado pero también reticente/reacio.

Si esto era cierto, entonces lo que había oído mientras crecía sobre una Omnipresencia, era verdad, incluso con las pautas científicas. Crecí en América con una firme creencia, aprendí por un condicionamiento cultural y académico, en la validez de la ciencia. ¿Podía ahora arrojar este crédito por la ventana porque daba credibilidad a algo en lo que no quería realmente tener fe – un *Dios*? Incluso la ciencia me estaba diciendo ahora que había un nivel de cuanto omnipresente, en esencia, para mí, un nombre científico para *Dios*.

Estaba enfurecido, perplejo, y extrañamente satisfecho. Me di cuenta de que era debido a mis propios defectos de inestabilidad emocional, enfado, mis aborrecimientos, y mi resentimiento hacia la religión, por lo que mi red conceptual (el filtro por el que veo la realidad) estaba nublada y congestionada. Estos estados negativos y aflictivos estaban obstruyendo este filtro, y el agua salía incluso más sucia de cómo entraba. Pero en el momento en el que me di cuenta de que era por culpa de mi propia ignorancia e incredulidad, este filtro conceptual empezó a volverse purificante en vez de envenenador. Sabía la causa de mi sufrimiento –era el responsable.

Al principio, no quise escucharlo. ¿Qué quieres decir con que soy el responsable? Nunca pedí a los miembros que invadieran nuestras vidas. Nunca les pedí que me alejaran de mis Padres. Nunca les pedí que fueran quien yo fui, ¿cómo podía ser *mi* fallo? No quise nacer en una pecera. No quería que me filmaran cada vez que había una celebración. Nunca quise verme forzado a entrar en la vida pública. ¿Cómo podía ser *mi* fallo?

Tranquilizándome, estaba mucho más dispuesto a pensar racional y lógicamente. Me di cuenta de que en cada momento de enfado, resentimiento o lo que fuera, *tuve una elección*. Podía elegir, por un lado, enfadarme y frustrarme extremadamente, y por otro lado, no dejar que me afectara. Yo creaba mi propio sufrimiento.

La enseñanza hindú del Buda histórico describe esta situación como flechas envenenadas de aborrecimiento, odio, resentimiento, clavándose en ti. No es bueno preguntar de qué madera está hecha la flecha o si las flechas son de paloma o gorrión. El hecho es que tienes incrustadas flechas en ti. Las flechas representan los estados negativos, aflictivos, y siempre queremos echar la culpa a esta u otra persona, o expresar lo encolerizados que estamos, ¡pero de todas maneras la flecha está todavía ahí! *Elegimos* quejarnos sobre cómo la flecha nos está envenenando, cómo nos estamos deteriorando y pudriendo por el efecto de estas flechas, pero no *elegimos* sacarlas fuera. De esta manera, me di cuenta de que no podía controlar la presión a por mis fijaciones al resentimiento y al enfado.

Desde este punto, el mundo empezó a volverse más y más brillante. No tenía una nube de lluvia constante suspendida por encima de mi cabeza, siguiéndome dondequiera que fuera. Empecé a sentirme más en casa con la vida. Estaba más capacitado para manejarla. De hecho, poco a poco empecé a disfrutar la presencia de aquellos hacia quienes estuve resentido.

Creía que el Padre era...

Me trasladé a Harvard y durante ese tiempo, aquellos miembros me vieron con una apariencia totalmente nueva. Ahora bajaba a los encuentros públicos para las lecturas espirituales con una cabeza completamente afeitada, una toga larga y gris que me llegaba por debajo de los tobillos, y un abalorio de meditación alrededor de mi muñeca. Muchos miembros podían creérselo, y la crítica se volvió más intensa. Algunos me dijeron que era la “vergüenza del Padre”, o que “el Budismo era satánico”. Estas visiones me hicieron ver que si nosotros como movimiento creíamos estas cosas, entonces *nunca* estaríamos capacitados para ayudar al mundo, curar el mundo – contribuir a la paz mundial. Sólo podíamos crear división, enemistarnos y extender el odio.

Recibí miradas llenas de enjuiciamiento e incluso sabía que el Padre estaba recibiendo críticas por no *corregirme rectamente*. Tenía muchas ganas de responder con desprecio, pero me di cuenta de que el odio sólo causaría más malentendidos, que luchar el fuego contra el fuego sólo llevaría a crear una llamarada más grande – sólo una mentalidad afectuosa podía curar los fuegos del odio. Así que cada vez que me sentía juzgado por alguien me repetía intensamente mientras respiraba: “Que encuentres la verdad y alcances la felicidad... Que seas libre del sufrimiento... Que seas amable contigo y con los otros con facilidad”, intentando enviar un corazón de cariño en oposición a un corazón de odio. Casi todos tenían algo negativo que decir pero no imaginaban que era *Abonim* el que nunca criticaba. En vez de eso hablaba bien de mí e incluso me alentaba a proseguir más con los estudios y la comprensión religiosas.

Hablando sinceramente, yo, como el 99,999% de los miembros, incluso aquellos extremadamente cerca de *Abonim*, creía que *Abonim* se opondría intensamente a mis estudios y apariencias como monje budista. Pensaba que era un fundamentalista que veía el Cristianismo como el único verdadero camino, y que mi interés por el Budismo y el taoísmo sería excomulgado. Sin embargo, esto fue exactamente lo contrario de lo que encontré. *Abba* estaba entusiasmado de que estuviera profundamente interesado en la religión, y hasta el día de hoy me dice que tengo que continuar mis estudios de las religiones. Esto me hizo preguntarme, “si como hijo he malentendido completamente al Padre, ¿entonces qué punto los demás no han sido capaces de comprenderle plenamente?”

Encontré una enorme liberación, una libertad que *Abba* me había dado. Todavía no he encontrado una persona que refleje lo que descubrí que era un corazón verdadero y cósmico, el corazón que *Abonim* mostraba en mis conversaciones con él. Me di cuenta de que en los estudios religiosos es crítico ver el progreso y el desarrollo teológico del líder religioso. Muchos olvidan que el Padre vive más allá del Principio (o de las formulaciones tempranas de sus enseñanzas) y que está continuamente desarrollando y dando revelaciones.

Es desafortunado pero frecuente que los seguidores sean mucho más estrechos de mente que el líder. Recuerdo al Padre diciendo “mis seguidores están contentos con la luz de una linterna cuando podrían aprovechar la luz del sol.” Afortunadamente, encontré que la mayoría de los unificacionistas que había conocido y hablado, tenían un profundo sentido de aprecio y respeto por otras tradiciones normalmente consideradas como *satánicas* por otras religiones.

El fundamentalismo religioso es un veneno serio, porque siempre puede ser usado para justificar terribles atrocidades – asesinatos, invasiones, cruzadas. El fundamentalismo tiene – como fallo central – la incapacidad de ver a la humanidad como hermanos y hermanas descendientes de una fuente divina común. Lo ve todo en términos de *salvados* y

condenados. Los blasfemos están todos predestinados a los fuegos del infierno por la eternidad, creen algunos. Si es así, piensa que tipo de Dios sería. Sería un Dios bastante maligno. Pero *Abonim* enseña que no podemos entrar en el Reino de Dios solos, sólo podemos entrar con nuestra familia – la familia de la humanidad. Enseña sobre la *salvación universal*: que incluso Hitler, Stalin, e incluso el demonio, Satán han sido perdonados por la inmensidad del amor de Dios.

Pero el fundamentalismo envenena esta visión de un Dios afectuoso y compasivo. El fundamentalista se auto-justifica y actúa farisaicamente. Y por eso puede atarse una bomba y matar a cientos de *idólatras* en el nombre de Dios. Por eso sigue odiando, juzgando, sintiendo rencor y deseos de venganza. Imagínate un mundo lleno de este tipo de personas. No es adonde desearía estar. A mí me suena más como una visión del infierno que del paraíso.

Joyas en Hawai

Un ejemplo reciente de este tipo de discusión religiosa tuvo lugar en Hawai, en Febrero del 2003, después de la renovación de los votos de boda de los Verdadero Padres.

Desde el segundo día hasta el último de nuestra estancia, *Abonim* se presentó al *Hoon Dok Hae* de mal humor. Criticaba seriamente a los líderes, entonces miró a su derecha, me vio con mi capucha de deporte puesta. Con el calor del momento dijo, “¡Quítate la capucha!” Inmediatamente vio mi cabeza calva, lo que le llevó a soltarme, “Ya es hora de que dejes crecer tu pelo”. Sabía que lo había dicho espontáneamente, pero puesto que lo había dicho frente a docenas de personas que no conocía, también sabía que habría muchos rumores que circularían en relación a como me metí en un problema con el Padre por mi cabeza afeitada. Estaba un poco deprimido.

Pero sólo para añadir más a mis nervios, en la mesa del desayuno la Madre procedió a alardear del colgante de Maitreya Buda que me había pedido que comprara el día anterior. Los líderes en la sala contuvieron la respiración...*Abonim* sonrió sin ninguna evasiva y preguntó, “Oh, ¿lo ha comprado para ti? ¿Cuánto ha costado? Es precioso.”

En el camino de vuelta al hotel (tuvimos que permanecer en un hotel cercano porque no había ningún espacio adecuado en la pequeña casa), mi mujer me dijo que fuera fuerte. Le dije que no estaba preocupado por *Abba*, sabía dónde estaba mi pensamiento; sólo lo dijo por la presión del momento. Tan sólo era que estereotiparía el juicio de la gente que tenía enfrente cuando lo dijo.

Llegó la hora de comer y nos llamaron para tomar una pizza en el pueblo. Estaba un poco decaído, así que *Abonim* me preguntó qué pasaba. Mi mujer dijo suavemente que había estado un poco preocupado desde esta mañana, por aquello que había oído durante el *Hoon Dok Hae*. Entonces exclamé, “*Abba*, no soy superman como tú. Soy humano. La cabeza afeitada, el uniforme, me sirven como recordatorio, “campanas de atención”, para que no escape, ignorante, de vuelta al laicismo. Es la manera que tengo de volver continuamente al camino espiritual.”

Abba entonces dijo con una orgullosa sonrisa, “entonces afeitatela.” Estaba entusiasmado con que manifestara su aprobación frente a los líderes mayores. Algunos minutos después, alguien comentó, “*Abba* es cristiano, pero a ti te gustan mucho las religiones asiáticas...” Inmediatamente contesté que no creía que *Abba* fuera sólo cristiano, porque si fuera así se cuestionaría la declaración de que es el Mesías. Dije, “Si fuera sólo cristiano entonces sólo podría salvar a una parte del mundo, ¿pero qué hay de los otros miles

de millones de personas? ¿Habría que arrojarlos al agua? ¿Ahogarlos? ¿Tal vez matarlos a todos?”

También les recordé a todos que Abonim:

- Cambió el nombre del movimiento de *Asociación del Espíritu Santo para la Unificación del Cristianismo Mundial* por el de *Federación de Familias por la Paz y la Unificación Mundiales* (el énfasis se extiende de la mera unidad del Cristianismo a la más amplia tarea de la paz mundial).
- Da la Bendición del matrimonio (el sacramento más importante del Unificacionismo) a los monjes budistas casados, a los gurús hindúes, a los imanes musulmanes, a los rabinos judíos, sacerdotes cristianos, sacerdotes jainistas, jefes de tribus nativas americanas, etc.
- Enfatiza continuamente que somos un movimiento que debe “trascender la religión, la nación, la raza e incluso el mundo” (*Cho-jong-gyo, Cho-gook-ga, Cho-in-jong*”).
- Afirma la visión de un cielo en el que Jesús llama a Buda el “honorable Buda” y dice, “demostramos culto en ambas vías, la cristiana y la budista”. Uno en donde Jesús guía a los cristianos diciendo, “¿qué pensaríais de mí si me vierais ahora, estando aquí junto con Buda a quienes muchos cristianos le llaman adorador de ídolos? ¿Qué pensaríais de mí?” Donde Confucio y Mahoma hablan sobre la unidad de los líderes religiosos. Donde las personas religiosas mantienen sus respectivas identidades religiosas (cristiana, musulmana, budista, etc...) y están unidas bajo la unidad de *Hananim*.
- Movilizó a miles de personas para defender el establecimiento de un concilio interreligioso en las Naciones Unidas, consistente de *todas* las religiones, y no sólo las religiones abrahámicas (muchos creen que *Abonim* ve sólo las religiones abrahámicas como *verdaderas* religiones y las otras como religiones *paganas*).

Dije, “El que alguien quiera creer estas recientes declaraciones depende de sí mismo. Sin embargo, como estudiante de religiones, estas nuevas enseñanzas y afirmaciones de verdadero ecumenismo e inter-religiosidad parecen sugerir un interesante progreso en el desarrollo de la tradición de la Unificación y la misión percibida por su fundador.”

Abba estaba rebosante de alegría. Acabamos montando a caballo dos horas en un rancho, pero durante el tiempo que estuvimos en el coche hablé mucho sobre este asunto. Expliqué cómo profesores y gente de fuera se quedaban completamente sorprendidos cuando descubrían que era el hijo del Padre. Ven que el Padre es más abierto, y no un fundamentalista cristiano estrecho de miras que tan solo habla y recita cánticos interreligiosos “que suenan bien”.

Recordé a todos en el coche la misión del Mesías que está establecida en el *Principio Divino*, llamada a unir todos los pueblos, religiones y razas. Hablé sobre las religiones que esperan un salvador y cómo me sentí inspirado a aprender que el *salvador* es un motivo religioso común en la mayoría de las tradiciones – en el Shi’ite Islam: el *Madhi*; en el Budismo: el *Maitreya Buda*; en el Cristianismo: el *Señor de la Segunda Llegada*; en el Hinduismo: el *Kalki Avatar*; en el Judaísmo: el *Mesías*.

Al final de todo alguien dijo, “¡Wow, *Abonim* ha aprendido mucho hoy! ¿No vas a aplaudir por lo que tu hijo ha dicho?” Dije, “No, no, lo siento, *Abonim* no ha aprendido nada hoy, Esto es lo que él enseña”. *Abonim* aplaudió.

Esta experiencia fue crítica porque mostró a todos los presentes en el coche que la trayectoria del movimiento, percibida por el maestro, no era llegar a ser otra denominación

cristiana, sino más bien que debemos llegar a ser un movimiento que abarque todas las tradiciones, pues el salvador debe ser un “líder-siervo” para todas las tradiciones, gentes y razas. Esta fue otra experiencia que me dio una inmensa esperanza en el futuro del Unificacionismo.

También vemos este paralelo en el Cristianismo primitivo. Había dos grandes posiciones teológicas: la “Pedrista” que sostenía que se tenía que ser judío para encontrar a Jesús, y la “Paulina”, que sostenía que, incluso los gentiles podían ir directamente a Jesús sin la circuncisión, las restricciones alimenticias, etc. Los estudiantes creen que porque el Cristianismo adoptó la visión Paulina, los primeros cristianos pudieron influenciar al mundo mucho más fácilmente.

Lo que llega a ser una pregunta crucial para el futuro del Unificacionismo es si las personas de una determinada fe pueden ir directamente a los Verdaderos Padres, ¿o deben primero creer en Jesús? Bueno, si uno presta atención a declaraciones del Padre, por ejemplo:

Compartir nuestro sacramento más importante (la Bendición) sin requerir a los participantes que cambien de religión.

Mensajes espirituales retratando una visión del cielo que testifica a varias comunidades religiosas mostrando su respeto por otras tradiciones mientras mantienen su propia religiosidad.

Canonización de Jesús, Buda, Confucio, Mahoma, y otras figuras históricas, como santos de la tradición Unificacionista.

Esta visión que creo cambiará el mundo, puede producir paz verdadera y duradera, y unir a gentes de todas las razas, de todas las naciones, de todas las religiones. Estas fueron las auténticas piedras preciosas que encontré en Hawái.

Parte 3 - La Búsqueda

Durante meses busqué un solo carácter chino, subiendo a la roca sagrada cada vez que estaba en casa, que pudiera resumir y englobar el corazón de *Hananim*. Anhelaba encontrar un solo carácter que pudiera ser una referencia, un punto de continua reentrada al Divino. Al principio pensé que sería *Maum Shim* (el carácter chino para espíritu significativo, mente, corazón), pero algo se estaba perdiendo.

Cuando *Abba* volvió del extranjero, le pedí que compartiera conmigo el carácter más valioso para él. Había estado esperando ese momento, su enseñanza, su sabiduría. Había estado buscando seriamente, pero sólo encontré un carácter en el que se echaba en falta algo.

Sin ninguna duda, escribió un solo carácter (le pedí que lo limitara a uno solo). Es un momento, una iluminación, que nunca debería olvidar...

Escribió *Jung Sung Sung* Este carácter, me explicaba *Abonim*, era la combinación de los caracteres *Palabra* y *Llegar a ser*. En una reflexión más profunda me di cuenta de que la zona izquierda del carácter simbolizaba el Oeste y que las *Religiones Occidentales* (Judaísmo, Cristianismo, Islam) eran religiones de *la Palabra* (Torá, Biblia, Qum'ram). La porción derecha del carácter que simbolizaba el Este era *Llegar a ser* y que las *Religiones Orientales* (Budismo, Hinduismo, Taoísmo, Confucionismo) eran religiones del *llegar a ser* (principalmente utilizando la técnica psicológica de la meditación).

En este único carácter, derecha e izquierda, tradiciones orientales y occidentales, eran se unían para formar un único y dinámico carácter – *Jung Sung Sung* (sinceridad). Me di cuenta de que sin sinceridad, el corazón es tan solo un músculo bombeando sangre. Pero con sinceridad entre el corazón de *Hananim* y el nuestro no habría dualidad, no habría separación. Sin *Sung*, estaríamos eternamente separados. Con *Sung*, seríamos *uno*.

¿Por qué cuento esta historia? ¿Para revelar cuál es el carácter central para *Abonim*? Bueno, sí y no. En esta historia hay algo llamativo que resulta verdaderamente iluminador. Todos pensamos que el carácter es lo iluminador, pero una vez más esto es sólo parcialmente cierto. Veamos esta historia. Iba a la montaña para encontrar el carácter que pudiera representar a Dios, el Camino. Buscaba y buscaba y buscaba – y ese era exactamente el problema.

Lo que *Jung Sung Sung* me enseñó fue que, “si buscas, no encontrarás, y si no buscas tampoco encontrarás”. No se trataba de buscar, sino por el contrario, de llegar a ser. No se trata de buscar la paz, porque siempre hay un paso por delante evadiéndonos. La Madre Teresa dijo: “La felicidad no es tan sólo un asunto de temperamento, siempre es difícil permanecer feliz...”¹⁷ Debemos llegar a ser la paz, no buscarla; debemos llegar a ser amor, llegar a ser compasión, llegar a ser perdón, empatía, comprensión, virtud, benevolencia, paciencia, humildad, gratitud, amabilidad, etc. Mientras busquemos nunca conseguiremos traer substancialmente a este mundo. Pero si nos transformamos en ello, pues debemos llegar a serlo una y otra vez en cada nuevo momento, y en cada nueva oportunidad, podremos hacer tangiblemente que el mundo *llegue a ser* un lugar mejor.

En coreano hay un dicho, “dar sinceridad”. Es muy corriente decirlo para aquellos que están haciendo prácticas espirituales, oraciones, meditaciones y ofrendas. ¿Por qué está en la práctica de la unión mente-cuerpo la razón por la que damos sinceridad? Porque en la práctica de la unidad mente-cuerpo no estamos hablando de determinadas virtudes, estamos practicando *llegar a serlas*. Practicar *ser* el amor, la unidad, el perdón, la empatía y el vivir por los demás.

Mejorando

Empecé a entrenarme en las artes marciales cuando era muy joven. Sin embargo las abandoné, cuando tenía unos diez años. Tenía cosas mejores que hacer - como el monopatín y causar problemas. El verano antes de mi primer año de Instituto, empecé otra vez, seriamente, con las artes marciales. Pasé de pantalones anchos caídos hasta media cadera, al uniforme chino de kung fu. Fue bastante chocante para mis compañeros, pero ya sabían que yo estaba *loco*.

Estudié con numerosos instructores y maestros llegando a adaptarme a varios estilos de artes marciales. Amaba la aventura de la maestría en artes marciales. No tenía tiempo para el resentimiento, o cualquier otra cosa. Deseaba esa nueva técnica, ese movimiento especial y secreto que me daría la ventaja, que marcaría la diferencia en una pelea. Todo mi mundo empezó a estar saturado con esta pasión renovada y desgastante. No pensaba literalmente en nada más.

No tenía interés en la posición, los cinturones negros y todos los demás reconocimientos tradicionales. Sólo quería llegar a ser un gran guerrero – un “perro peligroso” andante que si se sentía amenazado, podía descargar y transmitir una extremada devastación. Entrené durante horas hasta el límite, creando nuevos ejercicios para

perfeccionar mi ritmo, velocidad y poder. Siempre estaba ensayando y repitiendo técnicas en mi mente, cien, doscientas veces, un movimiento, estudiando cada detalle desde cada ángulo concebible. Me encantaba. Esto era a lo que se parecía realmente – el vivir realmente. Miraba a los chicos de la escuela y me reía de ellos. No me importaba lo que hicieran, mientras no trataran de empezar nada conmigo. Si lo hacían se meterían en un problema. Era un gallito, arrogante, y lleno de amor propio. No fumaba, no bebía, no tomaba drogas ni salía con chicas. Cuando me preguntaban porqué, simplemente les respondía que afectaría a mis artes marciales. Nadie tenía ningún problema con eso.

Empecé el Instituto, si no recuerdo mal, con una nota media de 1,6 GPA (**sistema de evaluación académica en EEUU*) y me gradué con un 3,33 GPA. Me sentía más satisfecho, más sorprendido, mejor en todo – y este era exactamente el problema. Estaba tan obsesionado con mi propia mejora, mi velocidad, mi nivel letal, que también desarrollé un enorme ego. Mis notas estaban mejorando, mientras me iba interesando más usarlas para mostrar mis hazañas, no sólo físicamente, sino también en la esfera mental. Estaba usando la disciplina mental para realzar mi autorretrato, para hacerlo *más* increíble, *más* impresionante, *más* imponente. Por desgracia iba pareciéndose cada vez más y más a algo – más y más al diablo.

Detrás de esa puerta está el demonio

“¿Qué es el camino espiritual? El camino espiritual es “mejorar uno mismo”, “crecer uno mismo”, “desarrollarme”, etc. Esto tiene sentido, ¿verdad? Irresistiblemente la respuesta es “sí, por supuesto”, “definitivamente”, “seguro”. (Al menos es lo que muchos dirían si les hicieran esta pregunta). Desafortunadamente, esta manera de pensar y este camino llevan al diablo.

“¿Qué? ¡No! ¿De qué está hablando este tipo calvo?” Normalmente oigo a la gente bromear así después de oír esto, “Ahora piensas que el hombre calvo está completamente loco”. Pero bromas aparte, ¿por qué es este el camino al demonio? Pensaba que era el camino espiritual. Pensaba que era mejorarme a mí mismo para poder ser un santo.

Este es el peligro del camino espiritual. Es muy sutil enfrentarse con la mente, el corazón, las emociones, la psique, la consciencia, el espíritu. Sólo un poco de ignorancia, un pequeño malentendido, una conjetura agrietada, pueden llevarte a un lugar muy feo incluso sin que te des cuenta.

Veo a muchas personas, Unificacionistas y no Unificacionistas por igual, creyendo estar siguiendo el camino espiritual. Ya sea plantando árboles, dando de comer a los desamparados, u orando, tienen la confianza de que se están convirtiendo en santos. Algunos alardean “¡Oro diez horas al día!”, “¡He dado de comer a cincuenta personas sin hogar!”, “¡He hecho proyectos de servicio un año y medio, he creado algo muy valioso, todo el mundo debería estar agradecido!”.

Por desgracia, como estas personas creen que el camino espiritual es mejorarse uno mismo, puede aparecer al mismo tiempo autoenaltecimiento, arrogancia y autojustificación ciega, y sí, así es,... ¡todo éso puede *crecer*! Esa arrogancia está también auto-asegurada, puesto que está completamente convencida de su propia contribución a la humanidad, a la historia, al movimiento, al mundo, y tácitamente implica una sensación de grandeza y orgullo autoreconocidos (de esos que, por supuesto, todo el mundo se daría cuenta si de verdad entendieran).¹⁸

Esta es la arrogancia, el orgullo, el engrimiento que el *diablo* exhibió ante Dios (visto por varias tradiciones). Esta es una de las grietas más fundamentales del camino espiritual. Es la tendencia humana a ver el camino espiritual como la mejora de uno mismo. Por desgracia, este camino le lleva a uno a volverse más egocéntrico, a estar más absorto en sí mismo y a ser obsesivo.

Por eso, como resultado, hay una manera de demostrarse a uno mismo, de mostrar qué grande es uno, de jactarse de la bondad propia. Rivalidad destructiva, miedo, sospecha y desconfianza son productos de alguien que, consciente o inconscientemente, está tratando de exhibir su grandeza. Este tipo de persona, llena de miedo, de vibrante confianza, y un enorme ego (una ilusión engañosa elaborada por él mismo) es alguien que no puede crear verdadera unidad, existir auténticamente por el bien de los demás, verdadera y completamente amar a otro, o ser feliz – simplemente porque este tipo de individuo esta psicóticamente obsesionado con el precioso ego que él/ella ha tomado con tanto esfuerzo para mejorar, crecer, desarrollarse.

Auto-reflexión

Esto es difícil de afrontar al principio. Es muy desagradable. Lo fue para mí también. Inmediatamente nos sentimos muy incómodos y a la defensiva. De repente vemos toda la armadura, los muros, las torres, barricadas, que hemos creado y de este modo vemos lo frágiles que somos y lo desnudos que estamos realmente. Nuestro sentimiento de grandeza proviene de una sensación de seguridad, confianza, orgullo, pero ahora está aniquilado. Miramos fijamente a nuestro reflejo distorsionado en el espejo ahora roto y nos estremecemos, viendo qué asustados estamos en realidad. Es gravemente espantoso verlo.

Sin embargo, nadie dijo que iba a ser fácil. El camino espiritual es crudo. Es escarpado. Es brutalmente sincero. No somos tan geniales como pensábamos; no tenemos tanta confianza como creíamos; no estamos tan cerca de Dios como pensábamos. El paisaje es intrincado, denso, y lleno de trampas letales. Pero debemos saber que la jungla es como es antes de que pasará por ella – al menos esa es mi opinión.

Enfrentándonos con nuestras hipótesis erróneas, podemos empezar a liberarnos del camino de la ignorancia. Podemos, por tanto, encontrar, y no sólo encontrar sino *llegar a ser* el camino espiritual. El camino espiritual no es sólo crecer, sino más bien profundizar; permitir irse al ego propio, *rendirse ante Dios, vaciarse a uno de uno mismo, morir y nacer otra vez*. Rendirse ante la majestuosidad de la bondad de *Hananim* es donde yace la verdadera libertad.

Es aquí donde podemos conectarnos con Dios, la Mente Original, y nuestra bondad divina innata. Pero hay una trampa. Si pensamos que es *nuestra* bondad, *nuestro* poder, hay un ego trabajando por ser más grande otra vez. Debemos continuar vigilantes en restringir la tendencia de auto-engrandecernos.

Renunciando auténticamente a nosotros mismos (nuestros odios, enfados, codicias, etc.) podemos ser realmente libres. Podemos liberar las pegajosas, codiciosas y retorcidas manos de nuestro ego, y nuestro corazón natural de simpatía, compasión, amor y humanidad puede brillar con esplendor. Aquí podemos aportar un fundamento limpio para empezar el camino de profundizar todas estas tendencias buenas y afectuosas, y dejar que lo Divino se manifieste verdaderamente en nosotros y elimine el sufrimiento del mundo.

Ego

Si efectivamente el ego que siempre estoy tratando de hacer avanzar, mejorar, crecer y expandir realmente existe como una entidad tangible, separada y concreta, entonces cuanto más excavemos en el ego – entonces tanto más “sin-ego” deberíamos ver. ¿Pero qué ocurre si miramos más profundamente? Vemos que somos una combinación de muchas cosas – de pensamientos, emociones, estados mentales, partes físicas. La noción concreta de “yo” se rompe, nuestra noción de un ego concreto aparece ante nosotros como realmente es – una combinación de muchas cosas, incluyendo miedo, falta de verdadera confianza, inseguridad, compensación por sentimientos precedentes de insuficiencia, intentando demostrar nuestra propia grandeza.

En un momento dado estamos seguros, entonces alguien entra en escena y ya nos sentimos inmediatamente amenazados y sin mucha confianza. Inmediatamente lo tachamos de enemigo, de competidor, alguien mejor o peor que yo. Existimos en una obsesión neurótica, casi patológica, con nuestro propio ego. ¡Debemos defenderlo a toda costa! ¡Debemos preservarlo!

En nuestras vidas podemos conocer a alguien que es rápido apuntando los defectos de todo el mundo. Camina y piensa que el mundo es el problema. Desafortunadamente gente como esta está llena de enfado, resentimiento, falta de confianza y de odio hacia sí mismos. Puestos que no son sinceras consigo mismas, son probablemente los últimos con confianza en sí mismas. Puede que aparenten un aura de confianza, pero detrás reside un niño, comparando sus juguetes con los de alguien más, sollozando para atraer la atención, reprendiendo a los demás para sentirse auto-justificado. Por supuesto si lo miramos sinceramente, nos daremos cuenta de que nosotros lo hacemos también con bastante frecuencia.

Cuando nuestra confianza y nuestro sentido de auto-compromiso está estancado en algo tan volátil como esta siempre-fluctuante fusión de cosas que llamamos yo/ego podemos ver qué tenue es esa confianza, ese sentido de auto-compromiso. Todo se resume en una palabra que desafía nuestras defensas, nuestro sentido de seguridad, nuestro sentido de firmeza, de perfección; hasta solo un cambio en nuestro estado emocional, o estado mental (como inevitablemente se producirá) para destruir y suplantar nuestro sentido de auto-confianza con dudas irresistibles.

¿Pero cómo es posible que podamos tener verdaderamente confianza en nosotros mismos? Bueno, primero debemos entender que la confianza en uno mismo no significa un desarrollo del ego – pues vimos lo tenue que era. La verdadera confianza en uno mismo sólo surge cuando nos conectamos con nuestro *verdadero yo*, nuestra Mente Original, Dios. En términos simples significa profundizar las cualidades de nuestro corazón natural e innato cálido, compasivo, afectuoso, cuidadoso, empático.

Cuando nos rendimos auténticamente a nosotros mismos – abandonando completamente nuestro ego; todos nuestros deseos, codicias, odios, preferencias, resentimientos, egoísmo – podemos permanecer vacíos de este cambio constante de nuestro yo. Podemos liberarnos de nuestra naturaleza aprisionada del ego/yo-egoísta, y podemos dejar que nuestra mente buena, afectuosa, y compasiva brille fuertemente. Aquí podemos descansar en paz. Este es nuestro *verdadero yo* – el yo que naturalmente siente empatía por el sufrimiento de los demás, de los defectos y del dolor, así como de los tormentos mentales.

Si somos siempre diligentes y vaciamos nuestros egos, limpiaremos con naturalidad la suciedad de nuestra Mente Original. Si sólo nos centramos en nosotros, entonces un mal día, una discusión, una crítica o una censura pueden superarnos – algo insignificante puede llegar a ser magnificado en un mundo de amenazante perdición. Pero si cuidamos más de los demás, lo cual es una inclinación natural de la Mente Original, entonces podemos ser liberados de la distorsión y del sufrimiento que se genera. Si lo acogemos en nuestro corazón, incluyéndolo en nuestra visión del sufrimiento del otro, un mal no es el fin del mundo.

Nuestra predisposición natural a amar y ayudar a otros es la verdadera fuente de nuestra estabilidad emocional. Estamos totalmente seguros, porque ahora podemos descansar en la naturaleza afectuosa de nuestras Mentes Originales. Sólo si nos sometemos verdaderamente, si nos rendimos, dejamos atrás nuestro ego-yo, puede que nuestra Mente Original, o *Hananim*, resplandezca fuertemente, con brillo y poder. Si dejamos que *Hananim* nos llene, vaciándonos a nosotros de nosotros mismos, entonces podremos ir más profundamente al corazón de *Hananim*, acercarnos más – *morir para que podamos nacer*.

De vuelta a la escuela

Después de ingresar en Harvard, empecé a tomarme muy en serio los campos de estudios filosóficos, religiosos, psicológicos y científicos. Profundizar en mis estudios me ha llevado a una gran y profunda apreciación por *Hananim* – visto desde todas las religiones, *Dios, Tathagathagarbha, Alá, Nirvana, el Tao* (Camino), e incluso las disciplinas científicas – el quantum, etc. Ya sea la creencia en una energía cósmica, o en un Dios omnipresente, o una creencia en la bondad de todas estas, me di cuenta eran diferentes maneras de explicar *El Uno* en su realidad.

Inevitablemente derivamos estereotipos únicos para *El Uno* precisamente porque *somos* todos únicos, pero esto no debería ser una fuente de división y de diferencia. Sólo porque algunos lo llaman *El Uno*, Dios y otros lo llaman Vacío Absoluto, o Alá, o Poder Mayor, no significa que deberíamos verlos como representantes de diferentes campos o grupos. No deberíamos situarnos a un lado de la línea y colocar a los demás al otro lado. De hecho, la línea ni siquiera debería estar allí. No somos adversarios.

Recuerdo preguntarle a un Cristiano, “Describe a Dios, en detalle”.

Me dijo, “Él es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo”. “De acuerdo”, dije, “pero descríbele *detalladamente*”.

“No puedo, Él es indescriptible – va más allá de la expresión”.

Entonces fui a preguntar a un monje Budista de cincuenta años,

“Describe el Vacío Absoluto, en detalle”.

Dijo algo como, “es como luz y dicha, un aura de iluminación”.

“De acuerdo”, le dije, “pero descríbelo *detalladamente*”.

“No puedo, es indescriptible, y más allá de la expresión”.

En términos de teología individual éstas son diferencias entre religiones, incluso algunas visiones son contradictorias. Pero no debemos confundir las religiones, que ocupan un tiempo definido en la historia, mientras que la Verdad no lo hace. Incluso en nuestras vidas, la religión viene después de que nazcamos. Pero la Verdad, algo que todas las religiones afirman, no tiene una línea temporal definida. Siempre ha estado ahí.

Fundamentalmente todas las tradiciones religiosas principales tienen el mismo potencial para hacer a alguien más profundo, más afectuoso, y más *humano*. Las cualidades únicas de cada religión son especiales y únicas como individuos en este planeta. Tanto si

describimos un Dios en términos anafóricos o catafóricos (*vía positiva* o *vía negativa* – en términos negativos como *no es así* o *no es de esta manera* o en términos positivos como *es así* o *es de estas características*) las tradiciones religiosas indudablemente apuntan a la Trascendencia. Puede que haya varias tradiciones, pero perdura el mensaje fundamental de amor, compasión, perdón, empatía, comprensión, etc.

Realmente es una cuestión entre *tema* y *variación*. Los *temas* sobre servir a los demás más allá de uno mismo; el valor de la vida física; la vida después de la muerte; ser más paciente, honesto, reflexivo, piadoso, compasivo, etc... son temas que forman una parte esencial de las enseñanzas de la mayoría de las religiones. En las teologías, mitologías, mitos y rituales puede haber una gran *variación*. Pero debemos recordar que los temas a los que apuntan estas variaciones exigen a las personas de sus respectivas religiones vivir una vida de amar, cuidar y ayudar a otros.

En esto hay una gran esperanza, en el fomentar una verdadera apreciación y tolerancia intercultural e interreligiosa. Tengo la creencia de que el diálogo entre religiones es una parte del proceso a la paz. Sin embargo, el diálogo por si solo no es suficiente. Debemos *estar unidos*. De este modo, creo esencial que la gente de fe experimente y practique y exprese devoción con otros desde varios trasfondos religiosos.

Esto es muy difícil, por supuesto, pues inevitablemente aportamos nuestros prejuicios y parcialidades. Por eso el asunto es que las personas religiosas lleguen a ser más conscientes de estas tendencias y preparen un corazón de hermandad común y aceptación hacia otras religiones. Eso no significa que rechacemos los valores morales de nuestra tradición, significa que estemos más decididos a resolvernos encontrar los puntos de unión en vez de división entre nuestros otros hermanos y hermanas.

En el mundo moderno, las divisiones entre ideologías han llevado y están llevando a guerras en todo el mundo. Cristianos matando a Cristianos en Irlanda del Norte; Judíos, Musulmanes y Cristianos asesinándose unos a otros en Israel; Hindúes y Musulmanes matándose en la India; y las matanzas continúan. En un mundo como éste, muchos pueden volverse bastante escépticos frente a la religión, pues de hecho, ¡dicen que la religión es el problema!

Pero este análisis no es suficientemente cuidadoso. Muchas veces corrientes ocultas de opiniones políticas y étnicas intensifican los conflictos religiosos. Los fanáticos religiosos pueden y han usado la religión para justificar asesinatos y similares – pero ésta es sólo una cara de la moneda. ¿Cuántas matanzas han sido disuadidas, evitadas, o paradas por causa de las enseñanzas de la religión? Las enseñanzas de “ama a tu prójimo”, “sacar la paja de tu propio ojo antes de ver la mota en el ojo del otro”, han guiado y beneficiado a la humanidad durante siglos.

En mi opinión, las religiones – aunque puedan parecer el problema – son paradójicamente la única oportunidad de este mundo de realmente alcanzar la *paz*. En el interior del núcleo de las enseñanzas religiosas es donde estamos obligados a amar, a cuidar de los demás, empatizar, y aprender a ser pacientes y tolerantes. El mensaje central de la religión es permitir que las personas sean más afectuosas y humanas. ¿Podrías imaginar una religión que enseñara explícitamente a matar, a violar y a robar? Sería el infierno.

Abonim dice con frecuencia que en el estado ideal de la existencia, la religión no sería necesaria. No creo que esto signifique la destrucción y la opresión de las tradiciones religiosas, pues esto sería simplemente una repetición de los males del comunismo. Puede,

sin embargo, significar que podríamos encontrarnos a nosotros mismo como más cercanos a otros diferentes – sin considerar la “religión” de la que seamos parte. Puede que sea hablar de una advertencia fundamental, de ver el bien (la Mente Original) en las personas. Puede que requiera que vayamos más allá de nuestros esquemas mentales, y ver a los otros como hermanos y hermanas de una humanidad común.

Todos estamos interconectados – en una gloriosa red de *paquetes* de energía cuántica, de esperanzas y sueños, de deseos de encontrar significado y de ser felices en la vida, de experimentar el sufrimiento, de cometer errores, de alcanzar las estrellas, de suspirar por la paz interior, y quizás de encontrar y llegar a unirnos con *El Uno*.

Aquellos que están más cerca de ti conocen tus pequeñas imperfecciones: la manera en que te rascas la cabeza o, la manera en que intentas bailar, o lo que sea. Estas son las cosas que nos hacen reír con lágrimas de alegría, cuando estás ausente. Hay un increíble sentimiento de comodidad y desahogo, en saber que otro ser humano puede abandonarse a sí mismo completamente, sin miedo al juicio o a que se rían de él. Podemos refrescar nuestros recuerdos en lo libres que eran de mostrarse a sí mismos completamente, sin limitación, ante nosotros – porque genuinamente *confiaban* en nosotros. Esta confianza liberadora es lo que se necesita para hacer que las religiones se unan, y trascender sus respectivas posiciones ideológicas. Me di cuenta de que los sistemas de fe son vías únicas de comunicación para la misma creencia – una creencia en algo más grande que nosotros mismos.

Creímos que podríamos alcanzar la luna, así que lo hicimos. Creemos que la vida sigue adelante, que seremos felices, y que encontraremos auténtica y eterna paz y alegría. ¿No son estos objetivos algo que podamos alcanzar, o acercarnos, siempre y cuando primero creamos que es posible? ¿No es eso creer en algo como la vida, o incluso en la inevitabilidad de la tristeza y el sufrimiento – que puede muchas veces ser el antídoto de nuestros pesares diarios?

He tenido mis altos y mis bajos en la vida y escribí una reflexión que obtuve a través de la meditación en mi diario. En él dice:

“La vida no es sino un parpadeo. Pasa sin que nos demos cuenta. Estando atentos, nuestras vidas pueden llegar a estar llenas de sentido, y no carentes de él. Complácete en la gloria infinita que es ese parpadeo. Mírala desde sus infinitas fases. Siente y llega a ser ese parpadeo. Si no lo haces, ese parpadeo como el de muchos otros, se perderá para siempre.”

Esto que llamamos vida puede ser muy valiosa, muy enriquecedora. Es tan solo un momento en la eternidad, un centelleo en una dimensión expansiva del tiempo, pero que puede ser *increíblemente* valioso. Ese momento es un momento eterno. Es un momento en toda la eternidad más valioso incluso que la eternidad misma, porque *tú* tienes la experiencia de *ese* momento. Cuando pienso en ello me siento sumamente agradecido.

Darme cuenta de mi propia mortalidad y del desvanecimiento de la vida paradójicamente me hace apreciar más la vida. Hace que mis *hasta luego* y mis *hola* sean más significativos. Hace que mi mujer, nuestros hijos, sus risas y nuestros tropiezos juntos tengan más significado. Hace que mis padres, mis hermanos, mis profesores, mis mentores, el mundo, más significativos. Hace que *El Uno* sea más significativo.

En resumen, me di cuenta de que todo lo que es valioso para mí sin duda me abandonaría un día. Así que mientras está aquí voy a intentar deleitarme con ello en cada pizca de mi esfuerzo. *No* voy a esperar hasta la muerte para mirar hacia atrás y lamentarme,

“debería haber prestado más atención”, “debería haber subido al desván y haber encontrado esa alma mía”, “no debería haber malgastado mi vida con enfado y resentimiento” – “debería haber vivido más la *vida* mientras la estaba viviendo”.

Finalmente, todos nosotros vamos a morir, y muchas veces *vivimos para morir*. Pero todos nosotros, sin excepción, *nos morimos por vivir*. No desperdicies un momento. No dejes que todo pase cerca de ti. No dejes que se desvanezca. Encuéntralo. Sube a ese ático, con todo ese equipaje amontonado ahí arriba. Selecciónalo. Compénsalo. Crea paz, sé feliz, y deja que ese espíritu vuele libremente dentro del glorioso corazón de *amor*.

Todos tomamos la decisión. Todos decidimos. *Somos* responsables. Una vez que lo aceptamos, podemos empezar a *elegir la vida*.

– La vida no es sino un partícula de arena en el Desierto de la Eternidad... Asegúrate de que no es arrastrado por los Vientos de tu Mente –

Parte 4 - El Relato del Diamante Fragmentadoⁱ

El Uno miró un día hacia el mundo y decidió esconder diez diamantes de insuperable brillo y belleza. Nunca nadie había puesto sus ojos en unos diamantes que despidieran brillo y luminosidad de esa manera – hasta tal punto que incluso el más rico de los reyes moriría por ellos. Así que esa noche, *El Uno* los colocó secretamente, uno por uno, hasta que quedaron enterrados en lugares apartados del mundo. Pero mientras *El Uno* escondía el último diamante, éste se partió en numerosas piezas. Tomando aliento, *El Uno* poco a poco situó las piezas rotas juntas y las escondió alrededor de las montañas celestiales. Allí yacerían los restos del diamante fragmentado.

Mientras el tiempo corría lentamente, la historia de los diamantes escondidos penetró en el mundo. Reyes y vagabundos por igual recorrieron las tierras en busca de las piedras preciosas. Con el paso del tiempo, empezaron a manifestarse rumores de descubrimientos. Las masas murmuraban todo tipo de historias. Había entre ellos asesinos y ladrones – todos deseaban los diamantes. La sangre arrojó de un lado para otro la paranoia y la traición a la humanidad, maldita, furiosa y anhelante.

El mundo se oscurecía. Encorvadas y pícaras figuras ahora vagaban por toda la tierra. Escondidas entre las sombras, nunca nadie pudo confiar en nadie – todos deseaban los diamantes. El noveno diamante circulaba por las manos de muchos, siempre arrancado por las más sangrientas y codiciosas manos. Se oyeron gritos, mientras los sonidos del miedo y la desconfianza penetraban en la espesura de la noche. Todo parecía estar perdido.

Pero un día un pequeño niño estaba jugando en las montañas. Ese día el niño vio algo que cambiaría el mundo para siempre...

En medio del risco escarpado, el chico vio un débil resplandor de luz. Según miraba más de cerca, emergieron de allí los restos del último – aunque fragmentado – diamante. Seguramente nadie querría este diamante. Estaba roto. Todos los demás diamantes eran creaciones completas y deslumbrantes. Pero éste estaba roto. Así que el chico volvió cada

ⁱ *Shattered*, en inglés en el original. He elegido el término “fragmentado” como traducción posible por cuestiones fonéticas. Otras traducciones posibles son “destrozado”, “hecho añicos”, “quebrado”, “roto”, “esparcido”, “diseminado”. N. del T.

mañana al romper el alba. Lentamente, pieza por pieza, el niño empezó a re-ensamblar el diamante fragmentado.

Los años pasaron y ahora el niño era una vieja figura, todavía reconstruyendo el diamante fragmentado. Había sido la tarea de una vida – sólo le faltaban tres piezas, y tenían que ser encontradas. El ahora viejo hombre buscó día y noche, y descubrió dos de las tres piezas restantes... sólo faltaba una pieza...

El viejo hombre podía difícilmente caminar, mientras trataba de inspirar el aire. Su garganta decaía por la dureza de la vida. Pero continuó buscando. Mientras su frágil cuerpo se venía abajo por su peso, cayó al suelo. Allí yacía, llamando a *El Uno*, suplicando que le ayudara para encontrar la última pieza...

La nieve caía silenciosamente. El viejo hombre yacía rígido en la creciente capa de nieve. Alzaba sus manos quemadas por el frío hacia los cielos, y una chispa débil flotaba hacia abajo desde un árbol, encajando en el punto final, completando el diamante. El diamante brilló con una incesante luminosidad mientras la luz hacía desvanecer siglos de oscuridad. El diamante fragmentado, una vez reconstruido, brilló más fieramente que el fulgor de diez mil soles – sus ángulos y rajaduras reflejaban más luz de la que podía ser extinguida.

El hombre reunió todos sus esfuerzos y con su vida restante, tiró la piedra preciosa a los cielos. “Te devuelvo lo que siempre ha sido tuyo”, susurró mientras su último suspiro era exhalado. *El Uno* le oyó y sonrió agradecido.

Abonim nos contó esta historia sobre el diamante fragmentado. Por supuesto, he tomado alguna licencia poética para hacerla más dramática, pero la esencia principal de la historia subsiste. *Abonim* dijo que uno necesita ir a la búsqueda del diamante fragmentado, porque era la piedra preciosa que nadie quería, o que todo el mundo pasaba por alto. Pero dijo que un verdadero hijo filial tomaría la joya fragmentada con tanta gratitud como mil diamantes perfectos, y entonces la ofrecería a *Hananim*.

(En el comedor de Cheong Pyung durante el tiempo que estuve en Corea para el Verdadero Día de Dios 2002).^{19 20}

Hablando por teléfono... ¿con Dios?

Curiosamente, pregunté a *Abonim* si él realmente oía una voz cuando hablaba con *Hananim*. Dijo que él no oía una voz, sino que inmediatamente sentía y conocía.

Esto es crítico pues apunta a la naturaleza de nuestra relación con *Hananim*. Si *Abonim* escuchara una voz, eso significaría que *Hananim* y *Abonim* están separados, divididos, aparte. Pero puesto que él siente, eso muestra unidad, singularidad y unicidad. He preguntado a muchos miembros si *Abonim* podía oír la voz de *Hananim* o no. Con toda seguridad la respuesta es un confiado, “sí, por supuesto”.

Una vez más debido a que malentendemos la naturaleza fundamental de nuestra relación potencial con el Divino, podemos muchas veces sentirnos abandonados, sin respuesta, o no escuchados. Porque buscamos una relación con *Hananim* desde fuera, podemos sentirnos divididos. En el libro de la colección *Hoon Dok Hae, El Camino para los Estudiantes*, *Abonim* expresa, “Entonces, ¿dónde existe Dios? No está en el mundo espiritual, sino en nuestro corazón, en el centro de nuestro corazón”. (p.5)

Esto de nuevo afirma que debemos mirar más profundamente – pulir la joya que es nuestra Mente Original. Debemos poder reconectar con nuestra bondad innata, compasión, amor, etc. Si siempre estamos intentando encontrar a *Abonim* en el cielo, fallaremos en ver los maravillosos regalos que están constantemente frente a nosotros. Muchos de nosotros tenemos el regalo de poder caminar, correr, hablar y respirar. Tenemos el regalo de la vida, la salud, nuestros amigos, nuestros seres queridos, la capacidad de ver un magnífico amanecer (no estamos ciegos), escuchar el piar de los pájaros en la fresca mañana (no estamos sordos), oler la fragancia de las flores lozanas, tocar la suavidad del musgo helado del bosque, saborear la frescura del agua pura y limpia, sentirnos admirados en la cima de una enorme montaña, pensar pensamientos, añorar sueños, y desear la felicidad de los otros.

Muchos en este mundo no tienen la capacidad de hacer muchas de estas cosas profundas que nos permiten sentir íntimamente lo maravilloso del ser humano. Muchos tienen dolencias, enfermedades, y otras condiciones médicas que les privan de experimentar estos regalos de la vida. No creo que sea porque seamos innatamente mejor que alguien por lo que podemos experimentar estos profundos regalos. No es porque seamos mejores, más fuertes, o merecedores. Simplemente nos ha sido dado. Cuando recuerdo esto, concentrarme en una respiración simple puede purificar el peor enfado o frustración. Puedo sentirme sumamente agradecido – conectado a la vida, al cosmos, a Dios. (Escrito en una habitación de mi casa; durante el día, aunque no puedo recordar la hora exacta.)

Cosas que apreciar

Le conté a *Abonim* que en mis caminatas estaba haciendo esto cuidadosamente. Le dije que creía que era importante siempre mantenerse agradecido. Añadí, “cuando estoy caminando siempre trato de caminar con *Hananim*. Quiero decir, supongamos que tengo un accidente de coche y me rompo las piernas, estoy seguro que echaría de menos caminar otra vez – incluso lamentaría no haber estado agradecido por ello cuando tenía la oportunidad de caminar. Hay muchos que no pueden caminar. Muchos tienen la dificultad de respirar a causa de la enfermedad. ¿Podemos vivir sin respirar? Si no respiramos, morimos.”

Abba sonrió con sinceridad y añadió, “También los latidos del corazón”.

La conversación continuó por corto tiempo, pues, tal y como la recuerdo, la comida de *Abonim* llegó.

(1 de Abril, 2002. 5:51 a.m., mis conversaciones con Abonim durante las vacaciones de primavera.)

Bendiciones

Mientras hablaba con *Abonim* sobre mis clases de Religiones del Mundo en Harvard, mencioné que por primera vez llegué a darme cuenta de qué extraordinario fue que pudiera llegar más allá de de *Iglesia de Unificación* y empezar la *Federación de Familias por la Paz Mundial*. Como fundador de una religión estaba trascendiendo la organización principal que había fundado, moviéndose más allá de su creación original.

También hablé sobre la importancia crítica de la Bendición. Discutí con *Abonim* que estaba al corriente de que la gente le criticaba por no hacer nada substancial, y la Bendición era la prueba evidente del hecho. Llegué a darme cuenta de la manera en que la Bendición era un sacramento para curar las divisiones religiosas, históricas, étnicas y culturales entre grupos

e individuos, empezando por la relación más íntima – marido y esposa. Pregunté, “¿qué más tendrían en común los miembros de las respectivas religiones, si no estuvieran *bendecidos*?”

¿Qué tiene un Musulmán de Egipto en común con un monje Zen de Corea? – Bueno, los dos son humanos. Ambos respiran. Pero también están *bendecidos*ⁱⁱ. Estando *bendecidos* ambos construyen un puente espiritual irrevocable de comunión y compañerismo, que ellos (los participantes de todas las religiones) de otra manera no tendrían. Incluso en la Bendición, hay representantes de todas las religiones del mundo dando bendiciones a las parejas y entonces *Abonim* y *Umma* finalizan la unión con los votos.

Estuve considerando, “¿Qué religión del mundo trae representantes de *otras* tradiciones religiosas para dar a *sus* miembros el matrimonio en un servicio ecuménico?” La respuesta que recibí fue, “no hay ninguna que yo conozca”. Así me di cuenta de que la visión de *Abonim* iba realmente más allá de la religión. Esta Bendición es “el cambio del linaje de sangre de Satán al de *Hananim*”. De este modo, ello servía, desde un punto de vista teológico, como el mecanismo por el que los participantes podían reafirmar y admitir la presencia de la Trascendencia en la relación más íntima del ser humano. Este paraguas de religiones junto con la visión de *Abonim* servían como una fuerza ligadora y unificante para todos los participantes. Era una extraordinaria ceremonia de la que poder dar testimonio.

Pensé de la siguiente manera: normalmente pensamos que el diálogo es suficiente – en otras palabras, que el trabajo interreligioso tiene su base en el diálogo. Sin embargo, ¿podemos imaginar qué pasaría si la vida entera con nuestra esposa estuviera exclusivamente basada en el diálogo? Es como si sólo pudiéramos hablar con nuestra esposa por teléfono durante la duración total de la relación. Piensa lo frustrante e inadecuado que sería. Piensa cuánto tiempo podría durar este tipo de matrimonio.

La actividad interreligiosa, si realmente va a ser profunda y perdurable, tiene que ser vista, creo, como matrimonios – matrimonios de amistad, comprensión y apreciación. No puede ser sólo hablar sobre las virtudes de la paz, la apreciación y la comprensión; por supuesto que no quiero decir que el diálogo no sea importante, pero quiero decir que si *es* el *único* método de dar y recibir, es extremadamente limitado.

Como ves, la Bendición es un modelo increíble, con una sabiduría profunda subyacente. La verdadera armonía debe ser una experiencia vivida. La auténtica apreciación y el verdadero amor han de ser vividos; debemos *llegar a ser* la verdadera paz – vivida en cada momento junto con nuestro marido o esposa, blanco y negro, este y oeste, norte y sur, etc.

(10 de Mayo, 2002, 5:04 p.m. Al volver de una habitación de mi casa hace unos 15 minutos)

La lagunaⁱⁱⁱ

Mientras miraba dentro de la laguna – dependiendo de mi concentración – emergía una imagen completamente diferente. Cuando relajaba mis ojos podía ver el reflejo del vasto cielo azul, la magnífica bóveda encima, y pájaros a la deriva con algún piar ocasional. Pero cuando me concentraba dentro del agua y no en la mera superficie, veía el profundo mundo subyacente. Veía rocas, animales, un completo ecosistema, pero tenía que mantener mi

ⁱⁱ *Bendecidos* aquí es un equivalente de *casados*. N. del T.

ⁱⁱⁱ *The Pond*, en inglés en el original. El término posee un significado más amplio en inglés. Otras traducciones posibles son “charca” o “estanque”, a los que me referiré también de esta manera posteriormente. N. del T.

concentración, porque si, por un solo segundo, mi enfoque se relajaba, el mundo subyacente desaparecía y la ilusión de los reflejos re-emergía y dominaba mi realidad.

Ocurrió que ese momento, esta observación perspicaz, reflejaba de hecho la realidad de nuestra existencia. Sin el enfoque apropiado, simplemente con una visión relajada, el mundo de las apariencias impediría cualquiera realidad profunda. ¿Qué yace por debajo de la superficie de aquello que llamamos vida? Muchos, desafortunadamente, nunca lo penetrarán. El reflejo de la superficie es poderoso, nos muestra nuestras casas, coches, signos de nuestro éxito, nuestros perros, etc. Podemos empezar a creer sin remedio que es de hecho (lo que podemos ver en nuestra visión relajada – lo que encontramos en la base de nuestro día a día) la realidad del mundo entero, el universo, o incluso *Hananim*. ¿Pero qué hay más allá?

Esta cuestión persistente es de extrema importancia. Al igual que con el estanque, no podíamos imaginarnos habitando bajo la superficie con sus resbaladizas laderas de algas, oscuras, desagradables, húmedas, frías. El agua es algo terrorífico puesto que en ella nos vemos impedidos. Nuestros instintos naturales de lucha o de vuelo se ven afectados cuando estamos inmersos en el agua. Nuestro movimiento se ve afectado, no podemos respirar debajo del agua, estamos en los ambientes más extraños, nuestra visión está prácticamente inutilizada (los seres humanos procesan el 90% de su información a través del campo visual), etc.

Éste es también el caso de la realidad del estanque al que llamamos nuestro mundo, nuestro cosmos, nuestro *Hananim*. Hay niños cuyas vidas se oscurecen antes de que ellos, como si la muerte se abatiera con un velo sobre sus ojos, mientras la madre llora, suplicando ayuda. Están nuestros compañeros seres humanos, avanzando con dificultad en sus hogares vallados, revelando de mala gana su interior sólo para morir en el frío-sucio suelo en la soledad. Están aquellos que no pueden comer; aquellos sin vista, sin oído, sin miembros. Hay un *Hananim* que llora junto a la madre viendo sus niños extenuados y jadeantes, suspirando por aire... por alimento... por vida. Cuánto sufre el mundo bajo del persistente reflejo de nuestras confortables vidas. Es frío, oscuro, sufriente, lleno de dolor, angustia, enfermedad, y muerte. Estamos en la laguna, en el frío, en el mundo extraño, tenemos miedo.

¿Pero cuál es la verdadera existencia natural del miedo? Es una emoción – un sentimiento o una combinación de muchos estados y sentimientos. ¿Y quién tiene auténtico control sobre nuestras emociones y sentimientos? Nosotros. En este mundo bajo la superficie, esta realidad de nuestros compañeros hermanos, nuestro Padre Celestial tiene miedo porque ello nos fuerza a mirar atrás buscando simplemente nuestra propia felicidad (¿Qué es la *felicidad*? – algo a reflexionar). ¿Qué oportuno es cubrirse los ojos cuando vemos niños muriendo en África o gente caminando en Manhattan como muertos vivientes? ¿Qué oportuno es escudar los ojos ante nuestros compañeros, los grilletes del aprisionamiento espiritual? ¿Qué oportuno es olvidar el mundo, el cosmos, *Hananim*, o nuestro sufrimiento interconectado?

A pesar de ello hay un destello – una chispa de esperanza en estas aguas oscuras y sombrías. Si podemos aprender a controlar nuestros miedos, a dirigirlos, pueden ser usados como compañero. Podemos usar este sentimiento de temor, no para huir como siempre, sino para impulsarnos con valor a aprovechar la oportunidad, a amar, a *servir* a la cara sufriente del mundo. El miedo en sí mismo puede ser transformado. Si vivimos así, con la constante advertencia ante el *mundo de los reflejos*, podemos elevar a las personas, elevar a la humanidad, elevar a *Hananim* de estas condiciones de sufrimiento. Podemos transformar el sufrimiento en libertad.

¿Por qué nos casamos? El Padre habla del *sexo absoluto*. ¿Es meramente por el anhelo de placer sexual? ¿Sólo para satisfacer nuestra propia necesidad? No. Con nuestro cónyuge podemos dejarnos llevar – ser espontáneos en todo momento. Podemos dar a nuestro cónyuge un profundo sentimiento de aprecio, respeto y adoración, y es aquí cuando la unión sexual es verdaderamente absoluta y una experiencia de lo Divino.

Si uno participa del sexo libre y siente un deseo vehemente de sexo para su propia satisfacción, esta es nuestra mente caprichosa, deseante – avariciosa. Queremos hacer nuestro a alguien para nuestro propio beneficio. Esto casi seguro no incrementará nuestras oportunidades de conseguir la felicidad y evitar el sufrimiento. Si mantenemos la visión de que los demás son objetos para satisfacer *nuestros* deseos entonces envenenamos nuestros corazones sin remedio. Cuando no nos ofrecen más satisfacción, entonces perdemos nuestro interés, nuestra compasión, nuestro cuidado por ellos. Las relaciones se condicionan sólo por cómo el otro nos está complaciendo.

Esto muestra una ignorancia básica del hecho de que los demás, al igual que nosotros, desean conseguir la felicidad y evitar el dolor. Cuando tan solo estamos tratando de obtener placer para nosotros en nuestro matrimonio, entonces nos frustramos con la persona con facilidad si no sigue nuestras expectativas. “¿Porqué no lo hiciste así”, o “¿porqué no lo dijiste de esta manera”, o “soy el sujeto, tú eres el objeto”, etc. Todo sentido mutuo de respeto se subvierte.

Cuando tenemos expectativas abrumadoras en nuestra relación marital hacemos dos cosas opresivas: limitamos y aprisionamos a nuestro cónyuge y a todo lo que él/ella tiene que ofrecernos y nos está ofreciendo, y nos encerramos en nosotros mismos y por eso no podemos reconocer todas las características únicas, del tipo “*sólo una en todo el mundo*” que tenemos la bendición de experimentar. Intentamos encajar a esa persona dentro de lo que *yo* quiero, *yo* necesito, *yo* deseo, y en lo que respecta a ello lo hacemos de tal manera que nos cegamos a nosotros mismos en descubrir los tesoros que hay dentro de nuestro cónyuge.

El amor en el matrimonio no es meramente para uno mismo. Nuestro amor es dependiente de que otro lo reciba y el amor que recibimos depende de otro que lo esté dando. Somos interdependientes. Así que, ¿tiene el *sexo absoluto* alguna relación directamente proporcional con la felicidad? El sexo físico como tal no, si lo hiciéramos constantemente sin fin, nos resultaría profundamente doloroso.

De este modo mi definición de *sexo absoluto* es el de una relación *completa* con nuestro cónyuge. *Sexo absoluto* es unión, un íntimo abarcar, un intercambio de amor. Es una metáfora perfecta para nuestro matrimonio – debemos estar siempre unidos como marido y esposa. Cuando pensamos en cómo podemos servir mejor a nuestro cónyuge, esto puede ser *sexo absoluto*. Cuando nos abrimos para comunicar a nuestro cónyuge que podemos servir mejor al otro, esto también puede ser *sexo absoluto*.

Intenta hacer esta reflexión:

Siéntate relajado, cierra tus ojos, y visualiza tu pecho abriéndose, y tu corazón palpitando. Ofrece este sentimiento de vulnerabilidad, desnudez, claridad. Ábrete más plenamente, dando realmente todo lo que tienes – tu amor, tu corazón, tu vida. Expande este amor de manera que permitas latir plenamente a tu corazón. Siente la sensación de calidez y de hormigueo. Llévalos más lejos hasta incluir tu pecho, tu espalda, subiendo por tu cuello, tu

boca, mejillas, ojos, cejas, pelo. Deja que esta apertura de amor llene tu cuerpo entero, tu mente y tu corazón. Ábrelo más todavía, y extiéndelos totalmente a tu cónyuge. Extiéndelo hasta incluir a tu familia, tus hijos, tus padres, tus abuelos. Expándelos entonces todavía más lejos hasta incluir a tu vecindario, tu pueblo, tu ciudad, tu provincia, tus provincias vecinas, y así hasta incluir a tu país, tu mundo, tu cosmos, y a Dios.

Si has intentado el ejercicio anterior puede que te sientas un poco diferente. Normalmente estamos encerrados en nuestras relaciones. Normalmente estamos a la defensiva y preparados para justificarnos. Para una auténtica relación plena debemos aspirar a dar verdadera y completamente todo a los demás. Podemos aprender y practicar esta virtud y corazón con nuestro cónyuge sin más demora.

Cuando vivimos con alguien, inevitablemente discutimos o discrepamos. Pero ésa es una gran bendición. Es una oportunidad, una oportunidad para profundizar nuestra comprensión del otro. Se nos da una elección – una posibilidad de estar a la defensiva y tan solo justificarse a uno mismo, proteger al ego. O una posibilidad de escuchar, de aprender y de profundizar.

En el matrimonio podemos ser la puerta que lleve a Dios a nuestro cónyuge. Puede ser ese lugar donde los cónyuges pierden su sentido del *Yo* y experimentan la Trascendencia. Es un lugar donde seremos definitivamente puestos a prueba. Nos frustraremos, nos sentiremos coartados, enfadados, etc. Pero si caemos presas de estas emociones aflictivas, rápidamente amargaremos cualquier oportunidad de una relación verdadera, plena y duradera.

De este modo me di cuenta de que el matrimonio es un *entrenamiento* – entrenamiento para minimizar el egoísmo y aumentar el altruismo^{iv}. La libertad se encuentra en esta crítica relación humana. Porque sólo en esta situación es donde nosotros y nuestras debilidades se muestran completamente, se nos da la oportunidad de estar al corriente de estas debilidades y el reto de crear un ethos afectivo y sustentador donde ambos podemos profundizar nuestra relación y nuestro corazón. Llegamos a estar libres de nuestros deseos egoístas y nos desafiamos a amar, servir y a dar por el bien del otro.

En el matrimonio ambos somos uno y dos. Así el entrenamiento de la unidad se vuelve crítico para nuestra relación espiritual como marido y esposa. A través de nuestro entrenamiento individual basado en minimizar el egoísmo y aumentar el ofrecimiento estaremos capacitados para llegar a ser verdaderos *cónyuges*, dando a nuestro/a esposo/a *liberación y verdadera y felicidad perdurable*. Podemos incluso ser o bien la enfermedad o bien la contestación a nuestras propias oportunidades de ser verdadera y duraderamente felices, al igual que las de nuestro cónyuge. ¡Daos la bienvenida a vosotros y a vuestra pareja al *dojo* y preparaos para entrenar!

Vive por el bien de los demás

Abonim dice que el núcleo de su enseñanza no es otro que “vive por el bien de los demás, y encuentra tu verdadero yo”. Si lo escuchamos esto cuidadosamente nos daremos cuenta de lo que acaba de ocurrir. Nuestro modo convencional de comprensión de la esencia de la realidad nos dice que el yo está en nuestro interior. Que está en relación al mundo como encarnación individual de verdad: una entidad única y distinta que se relaciona con cosas

^{iv} *Selfish taking* y *selfless giving*, en inglés el original. He optado traducirlas por los términos *egoísmo* y *altruismo*, pero en ello se pierde el juego que el autor hace sobre la base del lexema *self*-. *Selfish* es *egoísmo*, pero *selfless* es *sin-yo*. El egoísmo toma (*taking*), y el altruismo da (*giving*). N. del T.

separadas de nosotros (nubes, árboles, montañas; etc.) y cosas dentro de nosotros que puede que estén igualmente separadas de nuestro verdadero yo absoluto. Los pensamientos, emociones, suposiciones, dentro de nosotros son, desde nuestro modo convencional de realidad, reales. Sin embargo, ¿cuál es entonces el sentido absoluto de la realidad? ¿Es meramente un modo convencional de consciencia interpretando y reinterpretando el mundo antes que nosotros mismos?

Escucha cuidadosamente la afirmación, *vive por el bien del otro y encuentra tu verdadero yo*. ¿Lo has oído? Escúchalo un poco más de cerca. Vive por el bien del otro y encuentra *tu* verdadero yo. ¿Dónde está ahora tu *verdadero yo*?

Exactamente... en los otros

¿Cómo nos ayuda esto después de todo? ¿Cómo puede ser una enseñanza *cuyo tiempo ha llegado*? Bueno, si es verdad que nuestro *verdadero yo* está en otros, entonces tiene que ser verdadero a la inversa, que los otros están dentro de nosotros. Esto es en ambos sentidos un cambio de perspectiva, así como un cambio ontológico. ¡No niega que estemos aquí! Por ejemplo, el lector está aquí leyendo este trabajo. Normalmente pensamos que nuestro *verdaderos yoes* están dentro de nosotros, por eso nos separamos a nosotros mismos del mundo que nos rodea. Nos convertimos en una isla dentro de nosotros mismos – un microcosmos que está irónicamente separado del mundo, al menos perceptivamente. Puede que nos encontremos articulando cosas como, “*Mi* vida es *mi* problema y *tu* vida es *tu* problema”.

Desafortunadamente esta ha sido la percepción histórica de la ontología del yo, o nuestro *verdadero yo* para este caso. Pero demos un giro de 180°. Veamos nuestro *verdadero yo* en los demás. ¿Qué se consigue con esto? Bueno, algo bastante notable.

Nos muestra que no estamos separados del mundo alrededor nuestro, que estamos interconectados y que somos responsables de él. Elucida el significado de responsabilidad como el mismo que el de responsabilidad por uno mismo, dejando al margen el hecho de que cuando hacemos daño a los demás nos hacemos daño a nosotros mismos – resultamos dañados por el veneno o la enemistad en nuestras mentes. Lo cual muestra que estamos mucho más conectados, que tenemos mucho más en común, que hay una conexión que nos enlaza, y que yace escondida bajo el velo del mundo convencional de la separación.

No hay una negación de ese yo que necesita comer, que se reúne con los amigos, que va a trabajar, que siente dolor, etc; éste es muy real, ciertamente. Pero esto es en nuestro nivel corriente de percepción. Así, cuando decimos que el yo está en otros, ¿niega eso el yo descrito convencionalmente nombrado, el yo en nuestro interior? Sí y no. En un nivel de realidad convencional (o de realidad consciente) *yo* me relaciono con el mundo manifiesto como una encarnación individual separada. En el nivel absoluto de realidad, nuestro *verdadero yo* es sólo uno, trascendiendo dualidades y separaciones con otros, con el mundo, etc. Ambos son reales, pero tienen esencias cualitativamente únicas.

De este modo nos damos cuenta de la profundidad de la enseñanza, *vive por el bien de los demás y encuentra tu verdadero yo* – porque aquí podemos observar la co-existencia entre *dualidad* y *unidad*. Se nos dice que existimos para otros (lo que sugiere un *yo* viviendo por un *tú*, o en otras palabras: una dualidad) y la realidad absoluta es encontrar nuestro yo en todos los demás, por esto se trasciende la distinción entre *yo* y *tú* y llegamos a ser un solo ser.

Sólo a través de la experiencia radical de ser podemos conseguir la unidad y la dualidad en nuestras vidas. Normalmente estamos condicionados, por cuanto estamos predominantemente en el reino convencional de la realidad. *Cuando podemos llegar unirnos con todos, todo se vuelve una sola cosa.* Por eso, cuando volvemos a nuestro modo convencional de consciencia lo hacemos cambiados. No vemos a los niños que mueren de hambre en los países del tercer mundo y pensamos que es una desgracia. Ahora vemos a nuestro niño como al niño de ese país del tercer mundo, falto de alimento, de amor, de vida. ¡Yo soy ese niño!

Nuestra consciencia convencional puede tener un nuevo filtro con el que ver el mundo y nuestra relación con él, pero sólo a través de experimentar el yo absoluto, en la realidad absoluta. Podemos crecer más compasivos en nuestras interacciones con el mundo, siempre y cuando hayamos llegado a la conectividad singular en sí misma – no veamos ya el mundo como separado de nosotros, sino íntimamente conectado con nosotros. Por eso, cuando vemos el sufrimiento del mundo no lo vemos sin relación con nosotros, lo vemos como nuestro propio dolor, nuestra propia hambre, nuestro propio sufrimiento – incluso el sufrimiento de *Hananim* como el nuestro propio.

Éste es el significado del verdadero sentido de responsabilidad por las cosas^v. Cuando sólo nos concentramos en nuestro propio sufrimiento, entonces actuamos con un sentimiento de desesperación y debilidad – nos sentimos mal porque no tenemos control, ni más opción que el sufrimiento. Pero cuando vemos el sufrimiento de los demás como el nuestro, y lo vemos y sentimos como nuestro, con una voluntad de empatizar – *elegimos* experimentar el sufrimiento de otros como nuestro, *por elección*.

Esto remarca una diferencia fundamental entre sólo vivir para nosotros y *elegir* vivir por el beneficio de los demás. Vivir sólo para nosotros mismos nos hace sentir sin fuerzas – a merced de lo que la vida nos arroje. Pero *escogiendo* vivir por el bien de otros ganamos confianza a través de la fuerza interior derivada de nuestra Mente Original de amor. Hemos elegido servir a otros por nuestra propia voluntad – desde una posición de fuerza, no débil o sin poder. Cuando tenemos esta perspectiva podemos realmente vivir una vida, *vivir por el bien de los demás*.

Parte 5 - Las Ocho Etapas de la Perfección

Abonim habla con frecuencia de las ocho etapas de la perfección. Normalmente pensamos en ellas en términos de pasos, como una escalera. Tendemos a decirlo de esta manera, “Primero cumpliré el nivel individual, después pasaré al nivel familiar, luego la tribu, luego a la sociedad, luego la nación, luego el mundo, luego el cosmos, y finalmente a *Hananim*”. Vemos estas etapas como separadas, divididas, segregadas. Esta comprensión es totalmente incorrecta.

Cuando observamos cómo *Abonim* dibuja las ocho etapas de perfección nunca las dibuja como una escalera. Siempre los representa como un círculo dentro de otro círculo, a su vez dentro de otro, que está dentro de otro, etc... ¿Qué nos enseña esto? Bueno, que de hecho sólo hay un círculo – hay un solo centro. Están todos unidos, conectados, compenetrados.

De este modo la auténtica felicidad que buscamos es la misma felicidad que en último término todos los individuos de nuestras familias buscan. La verdadera paz que deseamos

^v *Ownership* en el original. Término cuya traducción literal es *propiedad*. Sin embargo, *propiedad* no responde a su significación original, más parecida a *responsabilidad*. *Ownership* no se refiere tanto a la posesión de algo como a la responsabilidad que se toma al estar en posesión de algo. N. del T.

tener es la misma paz que desea nuestra sociedad, nación y mundo. El auténtico amor que anhelamos fervientemente es el mismo que *Hananim* desea experimentar.

Normalmente separamos el método y la meta. Normalmente los vemos como dos entidades diferentes, donde una lleva a la otra. Pero quizás sea una comprensión limitada. Pensamos para nosotros mismos, “de acuerdo, sólo cinco pasos más para la paz, la felicidad, el amor, etc.”, sin embargo, si lo pensamos de esta manera, la paz siempre se nos escapará. Siempre será el fallo del otro, el problema del otro, etc. La paz no puede ser concebida como una meta, sino que más bien une ambos, el vivir en paz/la paz, el proceso y la meta. En cada paso del camino debemos *ser* paz. Entonces no tendremos que perseguirla. La paz ya estará aquí.

¿Te acuerdas de *Jung Sung Sung*? – “convertirte en tu palabra”. Entonces, si hablamos de *paz*, tenemos que *ser paz*. Si hablamos de *amor*, debemos *ser amor*. Si hablamos de *compasión*, debemos *ser compasión*. Y así siempre.

Esta es la gran esperanza de esta profunda palabra que caracteriza a *Abonim* y que compartió conmigo por ser la más importante, la palabra central que debemos comprender. Dentro de este carácter de sinceridad (*palabra + llegar a ser = sinceridad*) descubrimos la clave de la paz, el amor y la felicidad. Vemos la posibilidad de la realización de un mundo de paz y armonía. La clave es *ser*, una y otra vez en cada momento, en cada nueva respiración, con nuevo esfuerzo y dedicación.

100 millones de dólares

¿No te gustaría tener 100 millones de dólares? Te daría libertad financiera, seguridad, protección. Entonces podrías consagrarte más plenamente a ayudar a otros, etc. Podrías dejar de trabajar. Podrías conseguir ese coche y esa casa que siempre quisiste. Podrías comprar más juguetes para tus hijos, etc.

Hoy, tú (el lector) puedes conseguir 100 millones de dólares. Pero primero debes hacer una cosa – una pequeñez, una cosilla. ¿Quieres saber qué es? ¿Quieres saber lo que tienes que hacer para recibir 100 millones de dólares? (¿estás preparado?)

De acuerdo, todo lo que tienes que hacer es...

(¿Todavía lo quieres saber?, ¿tienes curiosidad?)

De acuerdo, aquí lo tienes. Todo lo que tienes que hacer es... aguantar tu respiración durante 60 minutos. Después de que lo hagas, en una mano tendré 100 millones de dólares, en la otra, volver a respirar. ¿Cuál eliges?

A todos a los que hice esta pregunta respondieron que elegirían respirar. “¿Pero por qué?”, preguntaba, “¿no querías 100 millones de dólares?”

¡Lo que estamos admitiendo es que un solo respirar es más valioso que 100 millones de dólares! Cada respiración es un regalo – una bendición divina de la que normalmente somos ignorantes. ¿Qué es lo primero que hacemos cuando llegamos al mundo? Inspiramos. ¿Qué es lo último que hacemos antes de morir? Expiramos.

Como ves, incluso en una de nuestras inspiraciones respiramos el valor de nuestra vida entera. Sin respirar morimos. No podemos sobrevivir sin hacerlo. Es el fundamento de

nuestra existencia. Esta fuerza que a la vez afirma y da la vida es la cuerda que nos sostiene entre la vida y la muerte. Es la oportunidad divina de encontrar, de respirar en vida una vez más.

En cien años se dará (más que probablemente) el caso de que ninguno de los que estamos leyendo este libro estaremos respirando. Habremos exhalado nuestro último suspiro. La pregunta es si mientras seamos capaces de respirar, ¿podremos ser conscientes del valor incalculable de este regalo? Normalmente estamos agradecidos cuando alguien nos hace un regalo caro. Pero no reconocemos que *Hananim* nos da un regalo más valioso que cualquier suma de dinero, cada momento en que respiramos.

Si empezamos con algo tan fundamental como respirar, ¿cuánto más fácil es estar verdaderamente agradecidos por tu esposo/a o tus hijos – realmente estar preocupado por una madre en China, un abuelo en Rusia, o un niño en África? Como ves, todo está conectado. Empieza y termina con nuestra propia conciencia de la vida y la muerte. Cuando sabemos que no vamos a estar aquí en cien años, esto nos permite priorizar las cosas en vida que son verdaderamente valiosas y perdurables.

Después de experimentar la pérdida de mi hermano, y darme cuenta en un nivel visceral de mi propia mortalidad, sé que para mí, mis prioridades han cambiado. No se trata ya de ser superior ni rico, nunca más; sino entrenar para *ser* compasivo, humilde, grato, benevolente, leal, paciente, ecuánime, empático, piadoso, cuidadoso, comprensivo, agradecido, y así sucesivamente.

Estos principios no tienen límite, y así es como podemos experimentar un sentimiento de felicidad ilimitada y alegría a partir de estos principios – y por supuesto esto también significa que podemos dar felicidad ilimitada, comprensión y fuerza al mundo.

Admito que soy bastante incapaz y que fallo con frecuencia. Me frustro, me enfado, me siento resentido, etc. Le digo a la gente que soy el más grande hipócrita. Creo que conocer la propia hipocresía es esencial en el camino espiritual. Si uno *no* es consciente lo único que puede ocurrir es que se vuelva aún más hipócrita. Si se *es* consciente se tiene la esperanza de poder superarla. De hecho, encuentro bastante liberador admitir sinceramente que soy un hipócrita. Entonces puedo dirigir mis incapacidades y profundizar en mi práctica espiritual.

Para mí, éstas son las enseñanzas centrales de nuestros Verdaderos Padres. Éstos son los valores que perdurarán para siempre. Éstos son los valores que son realmente transformadores. Pero tienen que ser recordados. Si no, nos volveremos un movimiento centrado en sí mismo, con su propio triunfo como único objetivo. Olvidaremos el sufrimiento del mundo, a *Hananim*, y en definitiva deshonraremos la valiosa vida de los Padres.

Para mí, ser un señor^{vi} de *Cheong Il Guk* es así de simple y sin embargo de difícil: el Movimiento de Unificación *sólo* tendrá el amor que yo tenga²². El Movimiento de Unificación *sólo* será lo misericordioso que yo sea. El Movimiento de Unificación es *sólo* lo pacífico que yo sea. Cada uno de nosotros *es* la *Federación de Familias por la Paz Mundial y la Unificación*. Tú eres el movimiento. Tú eres el *Templo de Dios*, por así decirlo.

Para mí, la pregunta más importante es, “¿podremos llegar a ser así? – ¿estaremos preparados para encarnar la *sinceridad* (*Jung Sung Sung*)?”. Si no, estaremos siempre

^{vi} *Owner*, en inglés en el original. Como *ownership*, término de difícil traducción, que literalmente significa *propietario*, pero siempre con el énfasis en la responsabilidad que implica tomar posesión de algo.

predicando sobre hacer un mundo de paz y felicidad y no haciendo algo mucho más importante – *serlo*.

*Cuando dudo de las personas, siento dolor.
Cuando juzgo a las personas, es insoportable
Cuando odio a las personas, no hay valor alguno en mi existencia.*

*Mas con todo, si creo en ello, estoy engañado.
Si amo, soy un traidor.
Sufriendo y afligido esta noche, mi cabeza y mis manos
¿Estoy equivocado?*

*Sí, estoy equivocado.
Aunque todos estemos engañados, aun así creo.
Aunque seamos unos traidores, aun así perdono.
Amar completamente incluso a aquellos que te odian.*

*Sécate las lágrimas y recibe con una sonrisa
a aquellos que no conocen nada más que el engaño
y a aquellos que engañan sin arrepentirse.*

*¡Oh Maestro! ¡El dolor de amar!
Mira mis manos.
Deposita tu mano en mi pecho.
Mi corazón está rompiéndose, ¡qué agonía!*

*Pero cuando amé a aquellos que actuaron contra mí
conseguí la victoria.
Si haces lo mismo,
Te daré la corona de gloria.*

*Sun Myung Moon, “La Corona de Gloria” 1936
(Escrito a la edad de 16 años)*

Notas

¹ *Hyung* es una palabra coreana usada por el joven masculino para expresar respeto hacia un hermano u hombre mayor.

² *Daemonim* es un título de honor dado a la madre de la Verdadera Madre.

³ De acuerdo con la *Exposición del Principio Divino* (en lo sucesivo: *Principio Divino*), que contiene las revelaciones de Sun Myung Moon recibidas en los años 50, y que han llegado a ser la esencia de las enseñanzas de la tradición de la Unificación: la Mente Original del hombre es el yo más profundo que se deleita en la ley de Dios. El camino a la felicidad se alcanza superando el deseo que lleva al mal y siguiendo el deseo que persigue el bien. La mente original del hombre conoce que el mal deseo le llevará sólo al descontento y a la miseria. Esta es la realidad de la vida humana: el hombre busca a tientas en las sombras de la muerte mientras busca la luz de la vida. *Principio Divino*, (Nueva York: Asociación del Espíritu Santo para la Unificación del Cristianismo Mundial, 1966), pp.1-3

⁴ *Umma* es la palabra coreana familiar para *Madre*, comparable a *Mamá* o *Mami* en español.

⁵ *Hoon Dok Hae* traducido literalmente significa “encuentro para la lectura y el aprendizaje” y se refiere a una práctica diaria familiar entre los Unificacionistas que leen escrituras normalmente después del amanecer.

-
- ⁶ El término *Unificacionista* se refiere a aquellos que siguen las enseñanzas y revelaciones del Reverendo Sun Myung Moon y que han aceptado al Rev. Moon y a su esposa como los Verdaderos Padres de la humanidad.
- ⁷ *Abonim* es un término coreano honorífico para *Padre* mientras que *Abba* es el equivalente coreano del español *Papá* o *Papi*.
- ⁸ El *Principio Divino* traducido del coreano se refiere al libro central de enseñanzas de la tradición de la Unificación.
- ⁹ *Padres* y *Verdaderos Padres* son términos utilizados por los Unificacionistas para referirse al Rev. y al Sra. Moon, pues los unificacionistas creen ellos son los verdaderos padres de la humanidad.
- ¹⁰ Los términos *Padre* y *Verdadero Padre* son títulos utilizados por los unificacionistas para referirse al Rev. Moon; así como los unificacionistas se refieren frecuentemente a la Sra. Moon como *Madre*, o *Verdadera Madre*. Estos títulos son comparables al uso del término *padre* en otras religiones, así como la manera en que los católicos utilizan el término *Papa* – una palabra derivada del término latín, que significa *padre*.
- ¹¹ Sun Myung Moon, *El Camino de los Estudiantes* (Nueva York: Asociación del Espíritu Santo para la Unificación del Cristianismo Mundial, 2000), p.5.
- ¹² *Unificacionismo* se refiere al cuerpo de creencias sostenidas por los Unificacionistas, particularmente aquellas creencias derivadas del *Principio Divino* y las obras relacionadas.
- ¹³ El Rev. Moon fue brutalmente torturado en 1946 por las autoridades comunistas norcoreanas. También fue sentenciado a prisión en Corea del Norte a principios de 1948, y pasó dos años y medio de trabajos forzados en el campo de prisión de Heung Nam, en la costa noroeste de lo que ahora es Corea del Norte. Fue liberado el 14 de Octubre de 1950, mientras las tropas de las Naciones Unidas tomaron parte de la zona durante los primeros meses de la Guerra de Corea.
- ¹⁴ El Rev. Moon se encontró con el entonces líder de Corea del Norte, Kim Il Sung, en Corea del Norte en 1991. Kim Il Sung había sido líder de Corea del Norte durante el tiempo en que el Rev. Moon fue aprisionado en 1948. Con ocasión de ese encuentro en 1991, el Rev. Moon abrazó a Kim Il Sung con una magnánima expresión de amor incondicional.
- ¹⁵ Albert Einstein, *Ideas y Opiniones – El Mundo como yo lo veo* (Nueva York: Bonanza Books, 1974).
- ¹⁶ La *Primera Energía Universal* se describe así en el *Principio Divino*: Dios es el Creador de todas las cosas. Es la realidad absoluta y eterna auto-existente, trascendente del tiempo y espacio (Ex: 3:14). Por consiguiente, la energía fundamental de Su ser tiene que ser también absoluta y eternamente auto-existente. Al mismo tiempo, Él es la fuente de la energía que posibilita todas las cosas y mantiene su existencia. Llamamos a esta energía la “Primera Energía Universal”. *Principio Divino*, 28.
- ¹⁷ Madre Teresa, *En el Corazón del Mundo: Pensamientos, Historias & Oraciones* (Novato, CA: New Word Library, 1997), p.27
- ¹⁸ *Movimiento e Iglesia de Unificación* son términos usados por los Unificacionistas para distinguir la *Iglesia de Unificación* de la *Federación de Familias por la Paz Mundial* y la *Unificación* entre las muchas organizaciones relacionadas con la Unificación.
- ¹⁹ *Cheong Pyung* se refiere al lugar sagrado en Corea para el Movimiento de Unificación a nivel mundial. El lugar contiene un templo, un centro de reuniones y un hospital.
- ²⁰ *Verdadero Día de Dios* es el título utilizado en el Movimiento de Unificación para referirse al primer día del nuevo año, el uno de enero, un día que los Unificacionistas dedican a Dios.
- ²¹ *Dojo* es un término japonés que se refiere a un lugar especial para el entrenamiento en las artes marciales.
- ²² *Cheong Il Gook* es el término coreano para *comunidad celestial* y se refiere a una aspiración común de las personas religiosas compartida por los Unificacionistas para hacerse cargo de la paz mundial.